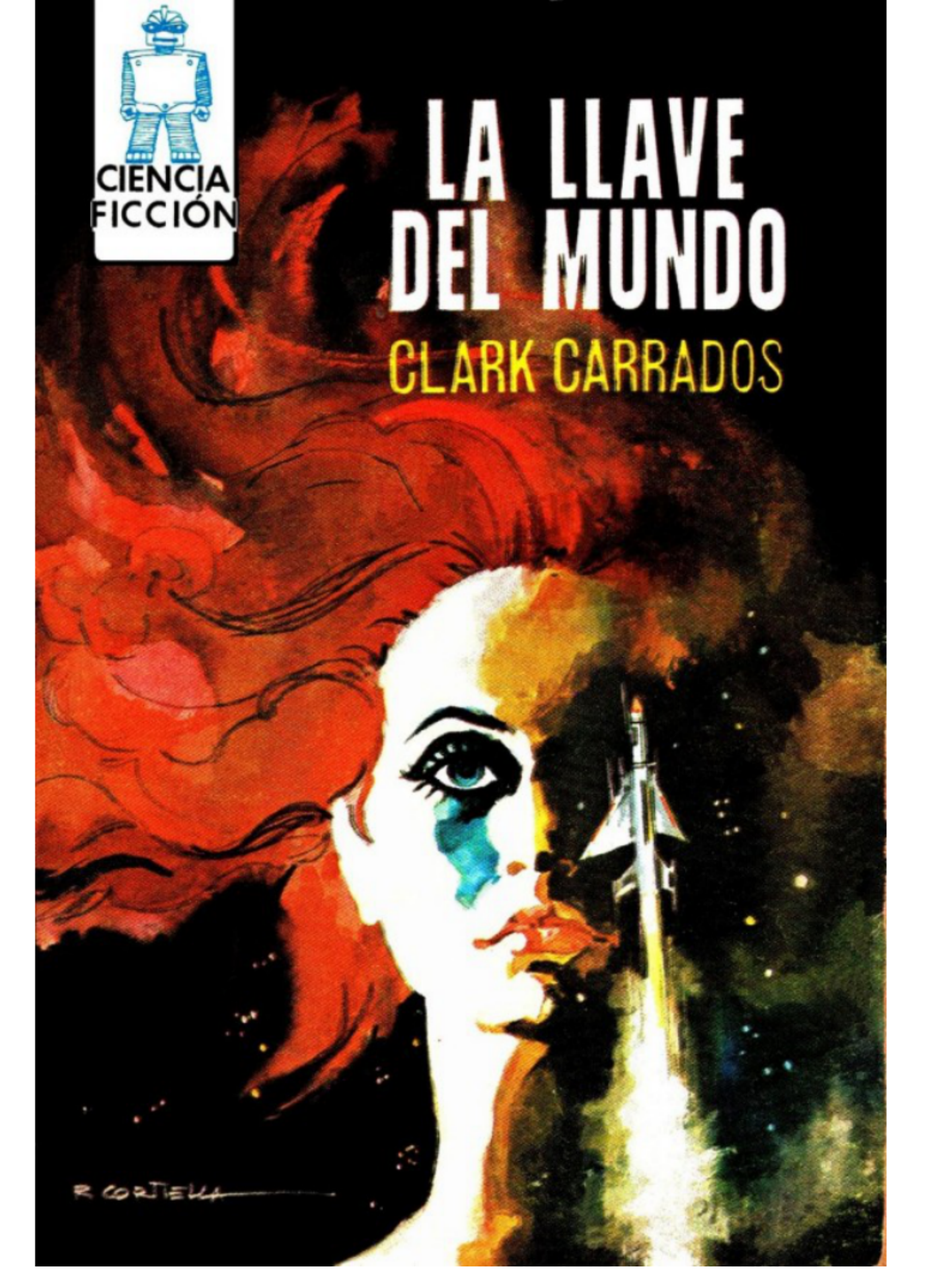

CIENCIA
FICCIÓN
LA LLAVE
DEL MUNDO
CLARK CARRADOS
R. CORTIELLA

CLARK CARRADOS

La llave del mundo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES
Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 20299 - 1971

Printed In Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras volaba de regreso a la Tierra, Ricardo Thomas empezó a echar cuentas.

Iba en una astronave, pero le parecía flotar en una nube de color de rosa. En la bodega del aparato llevaba su fortuna.

Ricardo se sentía más que satisfecho. Había con seguido, después de largas semanas de exploraciones y algunos meses de durísimo trabajo, veinte toneladas de «energyl».

Del «energyl» no se podía decir que se pagase a peso de oro, porque su precio era aún mucho más elevado. En realidad, el dueño de una porción del preciado metal podía pedir lo que quisiera.

El «energyl», descubierto casualmente veintitantos años antes por un grupo de audaces científicos, que exploraban un cinturón de asteroides, estaba sustituyendo al uranio en las centrales nucleares.

Su densidad era de veinte, tomando el agua como uno. Esto significaba que el bloque que Ricardo llevaba en la bodega, y que medía justamente un metro cúbico, pesaba veinte toneladas.

El «energyl» tenía la inmensa ventaja sobre el manió de no dejar desechos radiactivos. Además, por el mismo peso, el «energyl» —de ahí su nombre— proporcionaba ciento diecisiete veces más energía que el uranio.

Era el sueño de los científicos y los constructores de centrales nucleares: el combustible absolutamente limpio y de máximo poder energético.

El «energyl» se transformaba en energía pura. Con un decímetro cúbico se podía originar el suficiente calor, debidamente controlado, por supuesto, para mover las turbinas que generarían electricidad para una ciudad de medio millón de habitantes durante cinco años como mínimo.

—Bueno —se decía Ricardo—, si llevo ahí abajo veinte toneladas de «energyl», lo que equivale a veinte millones de gramos… y el gramo de «energyl» se paga a ciento treinta y siete, según la última cotización, el resultado es…

No quiso calcularlo. Aquella cifra le daba vértigo.

Pero era una recompensa merecida a largos meses de ardua labor en solitario, trabajando en condiciones espantosas para arrancar las rocas que contenían el «energyl» y quitar la ganga mediante la fusión en un homo, montado en el mismo asteroide donde había encontrado la veta del precioso metal.

Ahora, por fin, volvía a la Tierra después de una larga ausencia, durante la cual las palabras placer, diversión y descanso habían estado prohibidas en su léxico.

—Lo primero que haré será pasarme un mes en una playa, tostándome al sol. Luego me iré a las montañas y cazaré o pescaré, según tenga ganas. Después…

Ricardo no pudo seguir haciendo cálculos acerca del rosado porvenir que le esperaba en la Tierra, porque, en aquel momento, alguien gritó:

—¡ Socorro!

* * *

Ricardo parpadeó.

—¿Quién llama? —preguntó.

La llamada se repitió de nuevo:

—¡ Socorro!

Ricardo miró hacia la radio. Estaba apagada.

—¿Es que no me oyes? —habló la voz de nuevo—. ¡ Ese O Ce O Erre Erre O! ¡ S-o-c-o-r-r-o, imbécil!

Ricardo se metió el dedo meñique en la oreja derecha. Luego hizo lo propio con el oído izquierdo.

—Pues no tengo nada en los oídos —mascülló.

—¿Es que eres sordo? —dijo la voz, fina, chillona, terriblemente malhumorada—. A ver si vienes a socorrerme de una vez.

—Es que no sé dónde estás —contestó Ricardo, asombrado de que el desconocido le hablase sin emplear la radio.

—Hay un pequeño asteroide situado a dos grados de declinación Sur de tu órbita. Me encuentro en la cara orientada actualmente al Sol. Ven a buscarme. Tienes que hacerlo. Soy un náufrago del espacio.

—Bueno, bueno, si es así… ¿Acaso creías que te iba a dejar en la estacada?

—¿Dónde está la estacada? —preguntó el desconocido.

—Eso es una frase hecha. Aguanta, que ya voy.

Media hora más tarde, Ricardo hacía aterrizar la astronave en una explanada rocosa de unos dos kilómetros de longitud por medio de anchura, limitada en uno de sus lados por un muro recto de una altura media de sesenta o setenta metros.

Ricardo se puso el traje espacial y salió de la nave.

— ¡ Aquí! —gritó el individuo—. Tal como estás, gira veinte grados a tu derecha y avanza en línea recta.

—Muy bien, ahora mismo voy.

La voz parecía proceder de la base del muro. Ricardo caminó con cuidado; el suelo era muy irregular.

De pronto, vio al hombrecillo.

Estaba caído en el suelo, con una pierna atrapada por una roca. Era menudo, aunque no de rasgos enanoides, con barbita gris y ojos maliciosos, que tenían arrugas en las comisuras.

Y no usaba traje espacial.
Ricardo parpadeó.
—¿Cómo te mantienes en el vacío sin escafandra? —preguntó.
—Eso ¿qué importa ahora? Vamos, levanta la roca.
A Ricardo le extrañó aquel hombrecillo, que apenas si rebasaba el metro de altura, no pudiera mover la roca en un ambiente donde la gravedad era prácticamente inexistente. Sin apenas dificultades, levantó el pedrusco y el individuo se puso en pie, frotándose con fuerza el miembro dolorido.
—Gracias —dijo—. ¿Cómo te llamas?
—Thomas, Ricardo Thomas.
—Yo soy Sgrtruywiskstaltynux, pero para que no te armes tanto lío, puedes llamarme Tynux a secas. Gracias otra vez, Ricardo. Y ahora, pídeme lo que quieras; te lo mereces por haberme salvado.
Ricardo sonrió.
—Tynux, yo no tengo que pedirte nada, porque sólo he cumplido con mi deber —respondió—. Lo único que puedo hacer es mostrar mi extrañeza por verte sin traje de vacío.
—No lo necesito —dijo Tynux escuetamente—. ¿De veras no tienes nada que pedirme?
—Nada, repito.
El hombrecillo le miró asombrado.
—Eres un tipo extraño —declaró—. Otro me pediría la Luna o cualquier disparate, pero tú… ¡Cualquiera os entiende a los humanos!
—¿Es que tú no eres humano?
—Bueno, dejemos a un lado la cuestión de lo que soy o dejo de ser —refunfuñó Tynux—. Tú no quieres nada de mí, pero yo no puedo dejar tu buena acción sin recompensa.
Le miró con ojos que parecían diamantes azules y, de pronto, sonrió a la vez que chasqueaba los dedos:
—¡Ya está! —dijo—. Durante un año podrás conseguir, únicamente con desearlo, todo lo que quieras. Con sólo desearlo podrás tener todo lo que se te antoje o transformarte en otro o volar sin alas ni nada o sacar chorros de monedas de oro de tus bolsillos o puñados de joyas… No habrá nada que no puedas hacer por tu sola voluntad, pero eso sólo durará un año, ¿entendido?
Ricardo sonrió.
—Sólo un año, de acuerdo —convino—. Tynux, dime, ¿qué eres tú? ¿Un semidiós? ¿Un gnomo? ¿Un superhombre?
—No te preocupes —contestó Tynux—. Recuerda; te he conferido poderes fabulosos durante un año. Empléalos para bien, te lo aconsejo.
—De acuerdo. Y ahora, ¿puedo preguntarte una cosa, Tynux?
—¿Qué es, Ricardo?

—Estabas ahí, debajo de esa piedra y aunque no eres… tan alto como yo, la falta de gravedad en el asteroide te habría permitido librarte tú mismo con toda facilidad. Pero no ha sido así. ¿Por qué?

—Tiene un alto porcentaje de plomo —respondió Tynux escuetamente—. ¡Adiós, Ricardo!

Y sin más, el extraño hombrecillo echó a correr, trepó por una pendiente… «y siguió corriendo por el espacio», hasta desaparecer en la lejanía, entre las estrellas.

Ricardo parpadeó, asombrado.

—¡ Caramba, qué fantástico!

Una hora más tarde, bostezó, estiró los brazos voluptuosamente y se incorporó en el sillón donde había estado tendido largo rato.

Echó una ojeada maquinal a los instrumentos. Todo iba bien.

Sintió hambre y pasó a la cocinilla de la nave para prepararse unos bocadillos. Entonces, sin saber por qué, se acordó de Tynux.

—Vaya, hoy día, en lugar de debajo de una seta, como en los tiempos antiguos, los gnomos se encuentran en los asteroides —se dijo, riendo. Y luego, meneó la cabeza—: Todo ha sido un sueño, sólo un sueño.

Silbando alegremente, puso la carne en la sartén.

* * *

—Veinte toneladas de «energyl» —dijo el oficial de aduanas.

—Así es, capitán… Perdón, no he oído bien su nombre.

—Granneck, señor Thomas —contestó el oficial. Lanzó una mirada a los papeles que tenía en las manos y añadió—: Los derechos de importación ascienden a doscientos dieciséis mil solares, pero le daré un documento a fin de que pueda pagarlos una vez haya vendido la carga.

Ricardo se sintió muy aliviado al oír aquellas palabras.

—Mil gracias, capitán —dijo.

—Estamos al servicio del público, señor Thomas —sonrió Granneck—. Ahora debo pedirle algo. Tiene que entrar en aquella habitación, a fin de cumplimentar ciertos requisitos para el Departamento Mundial de Energía. Es una disposición nueva, ¿comprende?

—Por supuesto, capitán.

Granneck firmó unos cuantos papeles y entregó parte de ellos al joven.

—Vaya allí, señor Thomas.

—Sí, capitán.

Ricardo se sentía un tanto extrañado de las nuevas formalidades aduaneras, pero lo achacó a una posterior regulación de las leyes, ocurrida durante su ausencia. Incluso la oficina del capitán Granneck

estaba en un edificio que no era el usual y que conocía de viajes anteriores.

Llamó a la puerta.

—Adelante —dijo alguien desde el otro lado.

Ricardo abrió la puerta, dio dos pasos y entonces, un tipo le arrojó al, rostro un chorro de gas narcótico.

CAPÍTULO II

El pesado vehículo, provisto de una potente grúa, se situó junto a la astronave. Dos individuos se apearon de la cabina. Otro quedó en ella, dispuesto a manejar la grúa.

—¿Qué tal, Ricardo? —saludó uno de ellos—. Tengo entendido que ha hecho una buena presa.

El joven sonrió.

—Veinte toneladas de «energyl», señor McMurdo —contestó.

McMurdo silbó.

—¿Oyes, Tom? —se dirigió al individuo que le acompañaba—. Pocas veces compramos de un solo golpe tanta cantidad de «energyl».

—Ricardo es un chico muy listo —dijo Tom Bryce, el capataz de la empresa que se iba a hacer cargo del metal energético.

—Nada de listo —refunfuñó el aludido—. He trabajado duramente mucho tiempo y… ¿Cuál es la cotización actual del «energyl», señor McMurdo?

—Ciento treinta y nueve con doce.

Ricardo se mareó.

—Dos mil setecientos ochenta y dos millones, cuatrocientos mil solares —recitó.

—Justamente —confirmó McMurdo sonriendo—. ¿Qué piensa hacer con tanto dinero?

—No lo sé, ni siquiera lo he pensado todavía…

McMurdo se volvió hacia el capataz.

—Tom, empiece el transbordo de la carga —dijo.

—Sí, señor.

—La escotilla de la bodega está abierta —indicó Ricardo.

Bryce y su ayudante se dispusieron a la labor. La grúa del camión fue situada directamente sobre la escotilla y los dos hombres colocaron los cables de sujeción.

—¡ Dale ya, Billy! —exclamó Bryce cuando los cables estuvieron sujetos—. Y no te olvides de consultar la aguja de la báscula.

—Está bien, señor Bryce.

El operario hizo funcionar la grúa. Poco a poco, el bloque de metal empezó a subir en el aire, operación que los tres hombres contemplaban con toda atención.

De repente, Billy lanzó un grito:

—¡ Eh! ¿Están seguros que ese bloque es de «energyl»?

— ¡ Claro que sí, pedazo de bruto! —contestó Bryce—. ¿De qué

diablos quieres que sea?

Billy meneó la cabeza.

—Ustedes dirán lo que quieran, pero es la primera vez que veo un bloque de «energyl», de un metro cúbico de volumen, que pese menos de una tonelada.

—¿Qué? —gritó Ricardo—. ¡ Eso no puede ser! ¡ La báscula acoplada a la grúa está equivocada!

—¡Y un cuerno! —contestó el operario—. Esta misma mañana he hecho un montón de transbordos y todos los pesos de las cargas correspondían con los indicados en las hojas de transporte.

McMurdo frunció el ceño.

—Ricardo, ¿qué broma es ésta? ¿Ha querido tomarnos el pelo con un hallazgo inexistente de «energyl»?

El joven estaba atónito.

De repente, se sintió acometido por una horrible sospecha.

—¡ Aguarden un momento! —pidió.

Entró corriendo en la nave y se dirigió al armario de las herramientas. Buscó un hacha y se encaminó a la bodega.

El bloque estaba allí, liso y pulido. Pero aquel color, aunque muy parecido, no era el del «energyl» en estado de pureza.

Ricardo golpeó la superficie del bloque con el hacha. El filo de la herramienta atravesó fácilmente una capa de hoja de lata, hábilmente pintada.

Golpeó más veces. Trozos de una sustancia de color claro, casi amarillo, volaron por los aires.

— ¡ Corcho! —gimió Ricardo—. ¡ Es aglomerado de corcho!

* * *

—De modo que no se le ocurrió denunciar el hecho —dijo el capitán Herder.

—¿Para qué? Cuando desperté, fui a la nave y vi el «energyl» en la bodega —contestó Ricardo, abrumado por la catástrofe que le había caído encima—.Yo pensé que me habían narcotizado para robarme... no sé, tal vez otra cosa. Cuando vi que el bloque seguía en su sitio, me tranquilicé y no le di importancia al asunto.

—El capitán Granneck, como oficial de aduanas, no existe —dijo Herder, jefe de la policía del astropuerto.

—Pero al aterrizar, un empleado me indicó...

—Seguramente, un cómplice de Granneck. La supuesta aduana no son sino unos edificios fuera de servicio, acondicionados especial y fraudulentamente para la ocasión.

—Vi el rótulo sobre la puerta, capitán.

—Ya no está. Se le llevaron los ladrones.

—Entonces, ¿tengo que resignarme a la pérdida de veinte

toneladas de «energyl»?

Herder suspiró.

—Fue un golpe muy bien planeado —dijo—. Señor Thomas, voy a decirle algo confidencial. El robo de su bloque de «energyl» no es el primero que se produce, si bien, en las anteriores ocasiones, el metal ha sido robado de los camiones que lo conducían. Pero pocas veces se importa una cantidad tan elevada de «energyl»; por eso ejecutaron el robo en el mismo astropuerto. Naturalmente, fue una operación habilísimamente planeada, repito, una vez concluida la cual, los ladrones desaparecieron sin dejar rastro.

Ricardo tenía la boca abierta.

—Y, ¿para qué diablos quieren ellos el «energyl»? —preguntó.

—Imagíneselo —contestó Herder—. ¿No robaban antiguamente el oro de los transportes públicos, diligencias y trenes, o en los propios bancos?

—Eso significa que hay una banda dedicada a esa clase de trabajo.

—Así parece, aunque no se les ha podido descubrir hasta ahora. Lo siento, señor Thomas. Haremos todo lo que podamos… pero debo desanimarle. Sinceramente, lo creo mejor que darle esperanzas.

—Entonces, ¿no se puede hacer nada?

—Vaya a ver al teniente Román, de la Jefatura Central. Él es el encargado de estos casos de robo de «energyl». Temo que no le dirá mucho más que yo, pero inténtelo.

Ricardo se puso en pie.

—Si el teniente Román no consigue nada, yo lo conseguiré —dijo furiosamente—. No me importa tanto el dinero que he perdido, como la burla que supone despojarme del fruto de mi trabajo durante un año de perros.

—Le comprendo, señor Thomas —suspiró Herder—. A mí también me pasaría lo mismo… pero ya le he dicho cuanto puedo decirle.

—Todo no, capitán. Aún falta una cosa.

—Diga, señor Thomas.

—El nombre de Granneck, ¿es falso o legítimo?

—Hable con el teniente Román —insistió Herder.

* * *

—¡ Eureka! —gritó el profesor Frinn—. ¡ Eureka! ¡ Eureka! ¡ Lo conseguí, lo conseguí! ¡ Señora Baxter! ¡ Señora Baxter! ¡ Laura!

La puerta del laboratorio se abrió y una hermosa joven entró en la estancia.

—¿Llamaba, profesor?

—Sí. Mire, Laura ¿qué es lo que está viendo?

—Una caja redonda que flota en el aire…

—Pero ¿no sabe por qué flota?

Laura Baxter movió la cabeza.

—No se me ocurre nada, profesor —contestó.

—Lo que está viendo es el fruto de casi veinte años de trabajos, Laura—dijo Frinn muy excitado—. Por cierto, ¿dónde están mis gafas?

Laura sonrió comprensivamente.

—Encima de su nariz, profesor —contestó.

—¿Eh? ¡Oh, qué despistado soy! Laura, no tengo remedio; soy un distraído de marca… A propósito, tengo que hacer una llamada a las siete… Ya debe de ser hora…

Frinn metió la mano en el bolsillo superior de su bata y sacó un huevo cocido.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó—. ¿Quién me ha puesto un huevo en el bolsillo de la bata?

Sonriendo, Laura se acercó a la mesa, donde había una bandeja con comida, y sacó de la huevera un reloj de bolsillo.

—Son las seis y dos minutos —dijo—. Todavía falta mucho para las siete, profesor.

— ¡ Qué distraído, pero qué distraído soy! —murmuró—.Ya me parecía a mí que la cáscara del huevo era muy dura… Laura, aún no me ha dicho lo que le parece mi descubrimiento.

La joven hizo un gesto de perplejidad.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

—¿Como que para qué sirve? Transportes, locomoción, facilidades en la carga y descarga, astronáutica… Esto será una auténtica revolución, créame, Laura.

—Si usted lo dice, profesor… Ya sabe que yo no sé nada de ciencias ni de matemáticas. Bueno, sé llevar su casa y dirigir su contabilidad, pero de ahí no paso.

—Al menos, lo que hace usted, lo hace estupendamente —contestó el científico—. Créame, Laura, nunca he tenido un ama de llaves como usted.

La joven hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, profesor.

Un gesto de contrariedad se dibujó en la cara de Frinn.

—Pero me he quedado sin «energyl» y es un elemento imprescindible para el funcionamiento de mi máquina —dijo—. Laura, ¿tendría usted inconveniente en salir a visitar a un amigo mío, que le proporcionará un par de centímetros cúbicos de «energyl»?

—Ninguno, profesor. Dígame quién es y su dirección e iré inmediatamente.

—Muy bien, Laura. La verdad, no sé qué haría yo sin usted. A propósito todavía no me ha preguntado qué es lo que he descubierto.

Tengo la sensación de que es usted muy poco aficionada a la ciencia.

Laura volvió a sonreír.

—No es cosa de mi especial agrado, pero, vaya, puedo tolerarlo —contestó—. Y bien, ¿en qué consiste su descubrimiento, profesor?

Frinn se llenó los pulmones de aire para emitir una contestación tajante, escueta, sensacional:

—¡ Antigravedad !

CAPÍTULO III

—Lo veo mal para usted, Thomas —dijo el teniente Román—. Con su cargamento, ya son unas sesenta y cinco las toneladas de «energyl» desaparecidas, sin que se haya encontrado su rastro…

—Yo lo encontraré, teniente —aseguró Ricardo con voz crispada —. Lo único que quiero que me diga es si Granneck es un nombre auténtico.

—Lo es —respondió el policía—. Haind Granneck es el nombre completo. Un sujeto poco recomendable, a decir verdad, aunque ahora llevaba una buena temporada sin darnos trabajo.

—¿Conoce su domicilio, teniente?

—Aguarde un momento; voy a consultarlo.

Mientras llegaba la respuesta, Ricardo dijo:

—¿Cómo es posible que no hayan encontrado todavía el menor rastro de nada menos que sesenta y cinco toneladas de «energyl», teniente?

Román se encogió de hombros.

—Es una banda muy bien organizada —contestó—. Hemos investigado exhaustivamente, pero no hemos podido conseguir nada hasta el presente.

—Yo lo conseguiré —afirmó Ricardo.

—Thomas, sé cómo se siente, pero no haga nada que vaya contra la ley —advirtió el policía.

—Teniente, he perdido más de dos mil setecientos millones de solares. Póngase en mi lugar, por favor.

—No, lo que voy a poner son los ojos en blanco.

¡ Vaya una fortuna! —se asombró Román.

—Por eso voy a indagar por mi cuenta —insistió Ricardo—. Pero, dígame, ¿para qué quieren esos bandidos tantas toneladas de «energyl»?

Román se encogió de hombros.

—Como no sea para una política de acaparamiento y elevación posterior de los precios de suministro a las empresas productoras de energía, no se me ocurre nada más —contestó.

Alguien llamó de pronto al oficial. Román escuchó atentamente y luego se dirigió a su visitante:

—El domicilio actual de Granneck es desconocido, porque se cambió hace poco, sin dejar señas. No obstante, se sabe que es cliente asiduo de «El Unicornio Blanco».

Ricardo se puso en pie.

—¡ Allí lo encontraré! —exclamó.

—Tenga cuidado. La clientela de «El Unicornio Blanco» no es muy recomendable.

Ricardo lanzó una carcajada.

—Usted no me conoce todavía, teniente —contestó.

* * *

Laura Baxter salió de la casa y se dirigió hacia el automóvil que había dejado estacionado a pocos pasos de distancia. Vagamente se dio cuenta de que había otro parado junto al suyo, pero no concedió importancia al detalle.

Se acercó al coche. Un hombre le cerró el paso.

—Vaya allí, señora —indicó—. La llaman.

Laura miró al individuo.

— ¿Quién? —preguntó.

—Vaya, señora —insistió el sujeto.

La joven dudó. De pronto, otro hombre se apeó del automóvil.

Era un sujeto de poco más de cuarenta años, alto, fornido, seguro de sí mismo. Detrás de él se apeó otro más. El conductor quedó en el puesto de pilotaje del vehículo. »

—Señora Baxter —dijo el hombre alto y robusto.

Laura lo reconoció en el acto.

—¡Usted! —dijo—. Usted… Sbong Harall…

—El mismo, señora Baxter. Por favor, quiero hablar con usted.

Ella arrancó de nuevo hacia su coche.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar —contestó despreciativamente.

Harall hizo una señal con la mano. Uno de sus acólitos se adelantó a Laura.

—Déjeme pasar —pidió ella.

Harall alcanzó a la joven.

—Por favor, señora Baxter…

— ¡ Déjeme en paz! —dijo Laura con voz crispada—. No quiero tener nada que ver con el asesino de mi esposo.

—Fue un desgraciado accidente…

—¡Un asesinato! —calificó Laura en tono tajante.

Harall se sulfuró.

—Bueno, y aunque así sea. No me dirá que no le hice un favor, dejándola viuda. El matrimonio entre usted y aquel imbécil de Baxter no era precisamente un modelo de armonía.

—Eso no le importaba a usted en absoluto. Puede que Roldy y yo estuviésemos distanciados, pero ¿era necesario matarlo?

Los ojos de Harall centellearon de deseo.

—Tenemos que hablar —insistió. Y agregó en forma ominosa—: De grado o por fuerza.

—¡ No! —contestó Laura, retrocediendo un paso.

Harall volvió a hacer una señal con la mano.

—Carga con ella, «Enano» —ordenó.

—Sí, señor —contestó alguien.

Era un hombre de estatura descomunal y fuerzas prodigiosas. Sin la menor dificultad, pasó la mano por la esbelta cintura de la joven y la alzó en vilo.

Laura chilló y pateó, intentando desasirse de aquella presa, pero todo fue inútil. Inexorablemente, se vio conducida hacia el automóvil de Harall, un vehículo movido por electricidad y de dimensiones impresionantes.

De repente, alguien acudió, atraído por los chillidos de Laura.

—Deje a esa joven, amigo —pidió Ricardo Thomas.

* * *

El gigante se volvió, asombrado por la petición. Harall frunció el ceño.

—Lárguese, estúpido. Ella es mi esposa —mintió.

—¡ No es verdad! —gritó Laura—. Quiere secuestrarme…

Ricardo sonrió.

—La verdad es la primera vez que veo a un marido recurrir a la ayuda ajena para conseguir que su esposa vuelva al hogar conyugal —dijo.

—Yo no estoy casada con él —protestó Laura.

Harall se impacientó.

—Kuhnel, quítame de en medio a este entrometido —ordenó.

El otro esbirro avanzó hacia Ricardo. Un puño salió al encuentro de su mandíbula.

Un hombre dio dos vueltas en el aire y se estrelló contra el suelo, en donde quedó fin sentido. Harall lanzó una maldición.

—Vamos, «Enano».

El gigante soltó a su presa. Laura rodó por tierra.

Ricardo retrocedió un par de pasos. Era fuerte, pero la sola apariencia del gigante impresionaba.

—No podré con él —musitó.

«Enano» Reese sonrió satisfecho.

—Vamos, buen mozo, acércate a ver si a mí también me puedes derribar de un puñetazo —le desafió.

Medio tendida en el suelo, Laura contemplaba la escena con ojos desorbitados. Harall, en cambio, sonreía satisfecho.

«Si al menos tuviera las fuerzas de Hércules», pensó Ricardo.

Una mano avanzó hacia él y le agarró por un brazo. Ricardo asió

el brazo libre de su contrincante y tiró con fuerza.

¡Inesperadamente, «Enano» se despegó del suelo y, tras dar una voltereta en el aire, cayó y se quedó sentado!

Ricardo parpadeó.

—¿De dónde diablos he sacado yo estas fuerzas? —se preguntó.

El gigante se levantó de nuevo.

—Vamos, «Enano» —refunfuñó Harall—. ¿Vas a dejarte ganar por ese mequetrefe?

El calificativo era una injusticia. Ricardo medía un metro ochenta y cuatro y pesaba setenta y ocho kilos. Pero el otro le pasaba veinte centímetros y treinta kilos.

«Enano» dio un paso hacia delante.

—Ahora verás —masculló.

«¿Por qué no tendré yo las fuerzas de Hércules?», pensó Ricardo.

Las manos de Reese se cerraron en torno a su cintura.

—Es una paja, no pesa nada —dijo, ufano.

—Peso cinco toneladas —exclamó Ricardo, como si tratase de burlarse del sujeto.

Reese intentó levantarlo.

—¡ Aumpf…!

Ricardo permaneció inmóvil.

—¿No te he dicho que peso cinco toneladas? —se burló del otro.

Reese intentó de nuevo el esfuerzo. Sus venas se hincharon y su frente se cubrió de sudor.

—Pero ¿qué clase de forzudo eres? —dijo Ricardo, riéndose desconsideramente de su adversario—. ¿Qué tienes debajo de la piel, músculos o paja?

—¡Vamos, «Enano»! —aulló Sbong Harall.

—No… puedo…—gimió el grandullón—. No sé… qué… me pasa…

Te pasa, sencillamente, que eres un mequetrefe. ¡ Ahora verás! —exclamó Ricardo.

Con toda facilidad, se soltó de las manos de su contrincante. Luego, a su vez, lo agarró por la cintura y lo levantó en vilo.

Reese chilló y pateó cuando se vio volando por los aires. Aterrizó a veinte metros, resbaló otros tantos por el asfalto y, al fin, aturdido desconcertado, se quedó inmóvil.

Harall sintió miedo.

Harall no dio tiempo a que el joven completase su frase. Dio media vuelta y, con alas que el pánico ponía en sus piernas, echó a correr.

Acto seguido, Ricardo se acercó al enorme y pesado automóvil. El conductor sintió de pronto que una fuerza irresistible hacía rodar al automóvil por la calzada.

Pisó el pedal del freno. Los frenos saltaron.

Algo despidió al automóvil y lo hizo rodar treinta metros, hasta estrellarse con tremendo estrépito contra la fachada de un edificio. Cojeando y con la frente ensangrentada, el conductor abandonó el destrozado vehículo y se alejó de aquel lugar con la mayor velocidad posible.

Ricardo se acercó a la joven. Con la sonrisa en los labios, le tendió una mano.

—El peligro ha pasado, señora —dijo.

CAPÍTULO IV

Laura se puso en pie. Instintivamente, se sacudió el polvo de una falda muy corta, que ceñía unas caderas de ánfora y dejaba ver las piernas más bonitas que Ricardo había contemplado hasta entonces.

—No sé cómo darle las gracias, señor…

—Thomas, Ricardo Thomas —sonrió el joven—. Pasaba casualmente por aquí y escuché el jaleo. Eso es todo, señora Baxter… creo.

—En efecto, así me llamo, señor Thomas.

Ricardo contempló unos instantes a la joven. Laura era una hermosa mujer, de pelo oscuro, facciones de singular belleza y formas majestuosas. Ricardo apreció en ella una ligera expresión de amargura y tristeza, cuyos orígenes no supo adivinar.

—No hay duda de que he sido un hombre afortunado, señora —sonrió—. Si lo desea, puedo acompañarla hasta su casa.

—Gracias, pero no será necesario. Usted mismo dijo antes que el peligro había pasado.

—Sí, es verdad. ¿Por qué la atacaron?

—No lo sé —contestó ella en forma evasiva.

—Pude escuchar algo referente a la muerte de su esposo, señora Baxter. No intencionadamente, claro, pero tampoco pude evitarlo.

—Ése es un asunto particular, señor Thomas.

—Le ruego me dispense, señora.

Laura se acercó a su coche. Ricardo abrió galantemente la portezuela.

Ya sentada en el asiento del conductor, pero todavía con las piernas en el suelo, Laura le miró con gesto inquisitivo.

—Señor Thomas —inquirió—, ¿de dónde ha sacado usted esas fuerzas tan prodigiosas?

Ricardo se quedó parado.

—La verdad, ni yo mismo lo sé —contestó.

—Pues no cabe duda, es usted un fenómeno.

Laura sonrió y cerró la portezuela. Pisó el acelerador y el automóvil arrancó de inmediato.

Ricardo se quedó junto a la acera, con las manos en los costados.

—¿Es verdad? —murmuró—. ¿De dónde he sacado yo esa fuerza tan enorme?

Tal vez había una explicación: la vida en el asteroide había endurecido y cultivado sus músculos. En cambio, Reese no era más

que fachada.

—Un cuerpo de gigante con fuerzas de niño —llegó a una conclusión.

Y silbando alegremente, se dirigió a «El Unicornio Blanco».

—Ahí puede que encuentre la primera pista para recobrar mi fortuna —se dijo.

* * *

Era una joven de senos exuberantes, pelo rubio y sonrisa fácil.

—Estás buscando a alguien —dijo, con la mano derecha apoyada en la mesa y la izquierda en una de sus opulentas caderas.

—Sí —confirmó Ricardo.

—¿A mí?

Ricardo hizo un gesto.

—Siéntate y pide de beber —invitó.

—Gracias. Mi nombre es Trudi Mornboo.

—Yo me llamo Ricardo.

—Ricardo, ¿qué?

—Ricardo a secas, hermosa.

Trudi se encogió de hombros. Un camarero pasó junto a la mesa en aquel momento.

—Eh, tú, ponme un doble de lo bueno —pidió—. Paga el amigo.

—Ahora mismo, Trudi —contestó el camarero.

La rubia sonrió a Ricardo.

—Ya has encontrado a la persona a quien buscabas —dijo.

—¿Sí?

—Claro, aquí me tienes —sonrió ella.

El camarero trajo la copa. Trudi la alzó.

—A tu salud, Ricardo.

—A la tuya, pero no te sientas decepcionada. Busco a otra persona.

—¿La conozco yo?

—Posiblemente.

—Bueno, dime su nombre.

—Haind Granneck.

Trudi entornó los ojos.

—Sí, lo conozco —respondió.

—¿Está ahora en la sala?

—No. Vendrá más tarde, si viene.

—Caso de que no viniera, ¿puedes indicarme su dirección?

—¿Gratis?

Ricardo entendió la alusión.

—Bueno, eso podríamos convenirlo —contestó, a la vez que se tanteaba los bolsillos—. ¡ Maldición, me he dejado la billetera en casa!

* * *

Trudi dejó de sonreír.

—Si has venido a que te pague la bebida, estás muy equivocado —dijo—. Tendrás que entendértelas con Mike, el camarero… y suele tener muy malas pulgas con los que no pagan.

Ricardo seguía hurgando en sus bolsillos.

—Pues no, no tengo la billetera… —emitió una sonrisa de circunstancias—. Creo que tendré que enfrentarme con Mike.

—Pero ¿es posible que no lleves encima un solo solar? —se extrañó la rubia.

—Hombre, con un solar no haría gran cosa, creo yo.

—Pagarías la consumición.

—Pero no tus informes.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Ya me pagarías otro día —dijo—. Me has caído simpático.

Ricardo entendió la insinuación.

Trudi era guapa, pero basta. Demasiado gruesa, el tipo de mujer que gustaba a ciertos sujetos. Y ella se le estaba insinuando de un modo que dejaba poco lugar a dudas.

«Si al menos tuviera cien o doscientos solares», masculló para sí.

Volvió a meter la mano en el bolsillo derecho de los pantalones, a pesar de que unos segundos antes había comprobado que estaban vacíos.

De pronto, sufrió una especie de sacudida eléctrica.

—¿Qué te pasa? —preguntó Trudi.

Ricardo se mantuvo unos instantes inmóvil, rígido como una estatua, con la mano todavía dentro del bolsillo.

Empezó a pensar.

«Deseé fuerzas y las tuve. Deseé pesar cinco toneladas… y adquirí ese peso. Deseé dinero… y ha surgido en el bolsillo que estaba vacío».

Sin saber por qué, se acordó de Tynux.

La recompensa del hombrecillo había sido algo más que una broma.

«Con sólo desearlo podrás tener todo lo que se te antoje… sacar chorros de monedas de oro de tus bolsillos…»

Eran billetes, pero, para el caso, daba lo mismo.

«Que sean diez mil solares en billetes», deseó.

El rollo de billetes creció de repente entre sus dedos.

—Bueno, ¿te has quedado mudo? —exclamó Trudi, intrigada por el silencio de su oponente.

Ricardo sonrió y sacó la mano.

—Ahí tienes —dijo—. Mil solares.

Los ojos de la rubia se desorbitaron.

—Pero, Ricardo, ¡ si con veinte solares tengo más que suficiente!

—Nada, nada. Mil solares, para que te compres un buen collar, pero dime dónde vive Granneck.

Los diez billetes fueron a parar al profundo escote de la rubia.

—Granneck vive en… ¡Míralo, Ricardo, ahí entra!

* * *

Ricardo se llevó la copa a los labios. Volvió un poco la cabeza y miró de reojo hacia la puerta.

Granneck entraba en aquel momento, seguro de sí mismo, sonriente, dominador, seguido de tres individuos de pésima catadura.

—Parece que se vaya a comer el mundo —comentó Ricardo.

—Poco menos —dijo Trudi.

—¿Es el amo del local, por lo menos?

—Creo que tiene parte en el negocio, aunque no podría asegurártelo. Lo que sí es cierto es que el dueño le trata con mucha deferencia. Mira cómo le saluda.

Granneck se había detenido para charlar con un individuo de oronda silueta, mientras sus tres secuaces se mantenían a prudente distancia. De pronto, Granneck echó a andar hacia una puerta situada en el fondo del local.

Sus tres secuaces se sentaron a una mesa.

—Parece que tiene una cita secreta —dijo Trudi.

—Yo sé con quién tiene ese tipo una cita —murmuró Ricardo ceñudamente.

—¿Algún motivo de enemistad, Ricardo?

—Casi dos mil ochocientos millones de solares, nena.

Trudi estuvo a punto de desmayarse. Agarró la copa y vació él resto de un trago.

—¿Puedo pedir otra? —consultó.

—Todas las que quieras —sonrió Ricardo.

El camarero atendió en el acto la orden de Trudi. Ella bebió de nuevo y miró a Ricardo con ojos desorbitados.

—No me gustaría que estuvieses chiflado —dijo—. Me has caído simpático.

—Trudi, ¿tú has oído hablar alguna vez del «energyl»?

—Sí, sé que es un metal muy caro, más que el oro…

—Granneck me robó veinte toneladas.

Trudi emitió un largo silbido, aunque de poco volumen sonoro.

—Así, se comprende —dijo—. Eres minero del espacio.

—Quería dejar de serlo, pero quizá tenga que volver a los asteroides si no recupero mi «energyl».

—¿Crees que Granneck te lo devolverá?

—Me lo devolverá, aunque tenga que volverle del revés como un guante —afirmó Ricardo.

Y se puso en pie.

—¿Vas a hablar con él? —preguntó Trudi.

—Para eso he venido aquí, preciosa.

—Espera un momento.

Trudi metió la mano en el escote y sacó los billetes.

—Toma, no me los he ganado —manifestó.

Ricardo sonrió y volvió el dinero a su perfumado escondite.

—Aunque tú pienses lo contrario, sí te lo has ganado —contestó.

Y echó a andar hacia la puerta tras la cual había visto desaparecer a Granneck.

Trudi le llamó apenas había dado dos pasos.

—Ricardo.

El joven se volvió a medias.

—¿Sí, nena?

—Dale un buen puñetazo en la nariz a Granneck de mi parte.

—Es un deseo que cumpliré con mucho gusto —contestó él con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO V

Haind Granneck abrió la puerta y divisó a una mujer de elevada estatura, entecamente vestida de negro y, por el momento, de espaldas a la entrada. Granneck observó que la desconocida llevaba un manto con capucha que cubría su figura hasta los pies.

—Señora —dijo, tras un ligero carraspeo.

Ella se volvió. La capucha cayó hacia atrás, dejando su cabeza al descubierto.

—¿Cómo estás, Haind Granneck? —saludó.

Los ojos del individuo se desorbitaron por el asombro.

—Laura —murmuró—. ¡ Laura «La Sinuosa»! —exclamó, elevando un tanto la voz.

—Laura Baxter —puntualizó ella fríamente—. Tengo un apellido.

—Perdonar nena, no quise ofenderte… Me dijeron que había una señora que deseaba hablar a solas conmigo, pero nunca pude imaginar que…

—Soy yo, Haind.

Granneck sonrió y avanzó dos pasos.

—Está bien —dijo—. Te escucho Laura. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Ayuda —contestó ella.

—¿Qué clase de ayuda?

—Pruebas contra el hombre que asesinó a mi esposo.

Una burlona sonrisa apareció en los labios de Granneck.

—Estás loca —dijo.

—Piensa lo que quieras, pero ayúdame, Haind.

—No seas estúpida. Harall es muy poderoso…

—Las torres altas también se pueden caer. Sólo depende de la habilidad de los zapadores.

—Mira, guapa, no me vengas con metáforas. Eso que me pides no puede ser.

—¿Ni siquiera par dinero?

—Pero ¿por qué diablos quieres meterte con Harall? Además, vosotros os llevabais muy mal…

—Ése es un asunto que a ti no te concierne, Haind. Yo lo que quiero es que me ayudes a conseguir pruebas contra Harall.

—No, decididamente, no, Laura.

—Granneck, se dice que tú eres hombre que harías cualquier

cosa por dinero —manifestó ella.

El sujeto hizo un gesto ambiguo.

—La mala fama —contestó.

—Una fama justificada —afirmó Laura.

Metió la mano en el interior dé su manto y sacó algo que lanzó desdeñosamente sobre la mesa.

—Veinticinco mil —dijo—. Cuéntalos, si no te fías de mí.

Los ojos de Granneck se entrecerraron.

—Laura, a ti te llamaban «La Sinuosa» y no sólo por tus habilidades en la danza, que interpretabas con bastante menos ropa que ahora, todo hay que decirlo, sino porque sabías conseguir cosas que las otras mujeres no podían lograr. Entre ellas, desbancar a las demás para casarte con Baxter.

_ Fue un error gigantesco, el mayor error de mi vida, Haind.

—Ahora lo dices, Laura —sonrió él.

—Hay cosas que no se aprenden si no es con la experiencia.

—Pues no me negarás que cuando te casaste con Baxter no eres precisamente una chiquilla inexperta…

—Todas las mujeres tenemos un cuarto de hora tonto —le atajó Laura—. Bien, ¿qué me contestas? ¿No tienes bastante con veinte mil solares?

Granneck dudó un momento. Antes de que pudiera contestar, se abrió la puerta.

* * *

Ricardo Thomas se dirigió tranquilamente a la habitación en la cual se hallaba Granneck. Cuando ya llegaba a la puerta, un hombre se levantó de la mesa y se interpuso delante de él.

—Prohibido el paso, amigo —dijo el sujeto.

Ricardo miró fríamente al individuo. Era uno de los secuaces de Granneck.

—Usted está acatarrado, me parece —dijo.

El otro le miró como si viera visiones.

—Tengo una salud a prueba de bomba…

—Y necesita una bufanda para abrigarse el cuello. Tómela, aquí la tiene.

Ricardo ejecutó un «pase» y una serpiente de dos metros de longitud apareció en sus manos. Antes de que el asombrado rufián pudiera hacer algo, se la colocó en torno al cuello.

La serpiente dio dos vueltas más por su cuenta. El rufián empezó a correr enloquecido, pegando unos gritos que hacían retemblar las paredes.

Ricardo ya no se preocupó más de él. Llegó a la puerta y la abrió.

Laura le miró. Ricardo también la miró a ella.

Granneck volvió la cabeza.

—Oiga, pero ¿qué…?

De repente, antes de que pudiera decir nada más, Laura corrió hacia una ventana situada en la pared opuesta, apartó las cortinas y saltó a la calle, desapareciendo de la vista de los dos hombres en unos instantes.

Ricardo procuró rehacerse de la sorpresa que le había causado la incomprensible actitud de la joven. A fin de cuentas, buscaba a otra persona y la tenía frente a sí.

—¿Me conoce usted, «capitán» Granneck?

El sujeto hizo un fruncimiento de cejas.

—No recuerdo…

Ricardo procuró armarse de paciencia. Pegar tiros no conduciría a nada.

—Granneck, será mejor que hablemos de hombre a hombre —dijo—. De usted depende lo que vaya a suceder a continuación: si prefiere recibir una paliza o embolsarse cien mil solares. Elija.

—Cien mil solares, ¿por qué?

—Granneck, usted no es sino el eslabón de una cadena que termina en una cueva de ladrones. Sólo quiero que me diga dónde está esa cueva y quién es el jefe.

Hubo un momento de silencio.

Granneck reflexionaba. Ricardo adivinó sus dudas.

—¿No cree que yo pueda pagarle cien mil solares por la información? —preguntó.

Metió la mano en el interior de su cazadora.

«Cien billetes de a mil solares», pensó.

El fajo de billetes se materializó instantáneamente en su mano. La sacó y arrojó el dinero sobre la mesa.

—Allí están —indicó.

Granneck vacilaba todavía. «Pues sí, Tynux no me engañó», pensó Ricardo.

Y en voz alta, dijo:

—¿Le pagaron tanto por desempeñar aquella comedia en los edificios abandonados del astropuerto? —preguntó.

—¡ No, rayos, pero…!

—Entonces, hable —tronó Ricardo—. Ya conoce uno de los dos caminos que puede elegir. No me haga que le enseñe cuál es el otro.

Granneck se decidió al fin. Total, pronunciar un nombre, ¡costaba tan poco!

—Se llama…

Y eso fue todo lo que dijo.

Algo penetró silbando desde la ventana. Granneck se tambaleó,

con una expresión de agonía en el rostro.

Ricardo se lanzó al suelo en el acto. Se oyó otro silbido, pero el proyectil se clavó inofensivamente en la pared.

Granneck se derrumbó de bruces. Con grandes precauciones, Ricardo se arrastró hacia la ventana y se asomó al exterior.

Ya no había nadie fuera. El atacante había escapado.

Ricardo volvió junto al caído y le dio la vuelta. Una exclamación de rabia brotó de sus labios.

Granneck había muerto. El secreto del hombre que le había ordenado robarle el «energyl» se había ido con él a la tumba.

Pero Ricardo se rehízo en seguida. Había otros cómplices. Los buscaría.

* * *

Laura Baxter entró en el laboratorio del profesor Frinn, con una bandeja en sus manos.

—Su desayuno, profesor —indicó.

Laura llevaba el pelo cuidadosamente peinado. Un traje de una sola pieza, de color gris azulado, revelaba las rotundas formas de su cuerpo, como si fuese una segunda piel.

—Gracias, Laura —dijo Frinn—. Déjelo por ahí…

—Tómese el desayuno, profesor —insistió ella—.

O, de lo contrario, a las doce me dirá que le he traído frío el almuerzo.

Frinn sonrió.

—Laura, no sé qué haría yo sin usted —contestó, a la vez que abandonaba el trabajo—. Por cierto, ayer le di un encargo.

—Sí, profesor. Ahí, delante de usted, tiene los dos fragmentos de «energyl» que me dio su amigo.

—¡ Vaya! —resopló el profesor—. Y yo que me devanaba los sesos pensando en quién había sido el tonto que me había dado dos dados sin los puntos de numeración… Se ve que soy un distraído de marca, ¿no es cierto, muchacha?

—Sólo un poco, profesor. Ah, le ruego me dispense; anoche me entretuve un poco por ahí y llegué demasiado tarde a casa.

—No importa, Laura. Quizá haya sido así mejor; dé lo contrario, me habría enfrascado en el trabajo y hubiera pasado la noche en vela.

—De este modo, pudo dormir toda la noche —sonrió ella.

—Sí, y me ha ido muy bien, porque me esperan unos días de duro trabajo. Oiga, Laura, ¿sabe que la encuentro un poco ojerosa? ¿Ha dormido mal?

—No, profesor. Me encuentro perfectamente.

Frinn hizo un gesto de duda.

—Como quiera, pero, dígame, ¿por qué una chica tan guapa

como usted permanece soltera todavía?

—Profesor, cuando entré a su servicio, le dije que era viuda.

Frinn se pegó una palmada en la frente.

—Es cierto, lo había olvidado. Bueno, pues cásese otra vez —exclamó.

—Tengo una impresión muy deplorable del matrimonio —respondió Laura—. Profesor, el desayuno. Se le enfría.

—Es verdad, es verdad, qué cabeza la mía. Laura, no sé cómo voy a acabar; esto de la antigravedad me llevará al manicomio, como no lo remedie pronto.

Y para demostrar que no andaba tan descaminado, agarró el cuchillo, lo untó de mantequilla y empezó a pasarlo por una libreta que, a continuación, mojó en el vaso de naranjada que formaba parte del desayuno.

CAPÍTULO VI

—Observo que todo está muy tranquilo por aquí, Trudi —sonrió Ricardo.

—Sí, aunque la otra noche se armó la gorda, cuando se descubrió el cadáver de Granneck. ¿Fuiste tú? —preguntó ella.

Ricardo hizo un gesto negativo.

—No, y si no ando listo, el tipo que disparó me liquida a mí también. Escapó antes de que pudiera ponerle la mano encima.

—No lo siento —dijo Trudi—. Granneck era un mal bicho.

—Lo sé —contestó Ricardo—. ¿Qué fue de sus tres secuaces?

—Se largaron apenas se enteraron de la noticia. Y si el dueño no se largó, fue porque no podía hacerlo.

—¿Los has visto?

—No, ni los conozco. Eran nuevos en el negocio.

—Recién contratados.

—Supongo. Oye, tú le colocaste una serpiente en el cuello a uno de ellos.

—Fue un truco —sonrió Ricardo.

—Pues déjame decir que resultó un truco maravilloso. ¡ Había que ver el escándalo que organizó el tipo hasta que consiguió deshacerse de la serpiente!

—Conozco algunos trucos más, pero no todos los que yo quisiera, Trudi.

—Ya sabes que si te puedo ayudar, no tienes más que pedírmelo —se ofreció la rubia.

—Gracias, guapa, pero he venido a hablar con el dueño. A propósito, ¿cómo se llama?

—Barnell, Mark Barnell. Ten cuidado con él; también es un tipo de los que conviene tener bien guardadas las espaldas…

—No te preocupes, nena, sé cuidarme.

—Y tiene dos gorilas para cuidar el orden que son dos fieras.

—Si es necesario, les enseñaré los dientes.

Ricardo se puso en pie. Un camarero le indicó el despacho del dueño.

—Adelante —dijo Barnell cuando oyó que llamaban a la puerta.

Ricardo abrió.

—¿Cómo está, señor Barnell? —saludó.

El gordo dueño del local le miró recelosamente.

—A usted le tengo yo visto y no sé de qué —dijo.

—Los periódicos y la televisión publicaron muchas fotografías mías. Yo soy el único superviviente de la expedición Gómez-Smith. De los demás, sólo se encontraron los esqueletos. Lo que faltaba pasó por aquí —dijo Ricardo, mintiendo con toda desenvoltura, a la vez que se tocaba el estómago—. Gracias a eso pude sobrevivir, naturalmente.

—No me gustan las bromas estúpidas —refunfuñó Barnell—. ¿Qué es lo que quiere de mí, señor…?

—Thomas, Ricardo Thomas. Lo que deseo son algunos datos sobre Granneck, simplemente.

—¿Qué datos?

—Todos los que pueda darme, Barnell.

No veo que motivos existen para acceder a su petición, Thomas.

—Usted era socio de Granneck…

—Sí, pero sólo en el asunto de la taberna. De los demás que él tenía por otra parte, no me preocupaba en absoluto.

—¿De veras? —dudó Ricardo.

Barnell se encogió de hombros.

—Me crea o no, ésa es la verdad —contestó.

«Es sincero. Probablemente, Granneck era de los que no permiten que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha», pensó Ricardo.

Pero había otro medio de conseguir información.

—Muy bien, acepto su palabra —dijo—. Todavía, sin embargo, no he acabado.

—¿Qué más quiere saber? La muerte de Granneck me acarreó incontables sinsabores…

—Más lo lamenta él —sonrió Ricardo—. ¿Quién era la mujer?

—¿Qué mujer?

—¡ Torpe! La que estaba con Granneck.

—Ah, Laura «La Sinuosa»…

—Yo creí que se apellidaba Baxter —dijo Ricardo.

—Es el apellido de su difunto esposo.

—Entiendo. Una mujer muy hermosa… pero ¿qué significa eso de «La Sinuosa»?

Barnell sonrió.

—Es un apodo de sus tiempos de bailarina —contestó—. Lo hacía muy bien y apenas si daba trabajo a las fábricas textiles.

—Una encantadora forma de decir que bailaba con muy poca ropa.

—Exactamente.

—Bien, ¿dónde puedo encontrar ahora a «La Sinuosa»?

Barnell se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

—Vamos, Mark, sea bueno y colabore conmigo.

—Le digo que…

Diez mil solares en billetes cayeron sobre la mesa. Barnell parpadeó de asombro.

—Esto ¿qué es? —preguntó.

—El precio de su respuesta —declaró Ricardo, impertérrito.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, yo no sé gran cosa de ella. Se casó hace tres años con Baxter. Luego, cuando él murió, desapareció de la circulación y…

—¿Eso es todo?

—Se lo juro. Pero si quiere, vaya a ver a Linda Clemens. Era su mejor amiga. Trabaja en «Las 70 Piernas de Plata».

— ¡ Vaya un nombrecito! —sonrió Ricardo—. Está bien, iré a ver a esa tal Linda Clemens. Gracias, Mark.

Y se dirigió hacia la puerta.

«Por si me has engañado, esos diez mil solares se convertirán en ceniza dentro de diez minutos», deseó.

Diez minutos más tarde, Barnell empezó a jurar y a blasfemar como un poseso. En su fuero interno, se prometió las más atroces torturas contra el sujeto que le había hecho ver, hipnóticamente, diez mil solares en lo que no era sino un puñado de hedionda cenizas.

* * *

El índice de Sbong Harall recorrió la desnuda espalda de la opulenta pelirroja que estaba sentada indolentemente sobre el brazo del sillón que él ocupaba. La pelirroja emitió una risita.

—Que me haces cosquillas, Sbongie —dijo.

Harall no la hizo el menor caso. Su atención estaba centrada en el hombre que se hallaba sentado frente a él.

—¿Y bien, doctor Savini?

—Lo que usted me ha dicho, puede ser —contestó el aludido.

Era un hombre delgado, moreno, de pelo muy negro y fino bigotito. Harall sabía que tenía cierta fama como científico, pero también en otros aspectos menos recomendables.

—¿No está seguro, doctor? —preguntó.

—Se necesitaría una enorme cantidad de energía, desde luego.

—¿Un motor nuclear?

—No. Demasiado grande y pesado, por la protección aislante contra las radiaciones. El tamaño de ese motor nuclear debería ser gigantesco. Resultaría desproporcionado para la cantidad de energía pura que podría suministrar.

—Entiendo. ¿Y de qué forma solucionaría usted ese problema, doctor Savini?

—No hay más que una, señor Harall. Un motor pequeño, pero que proporcione una gran cantidad de energía y, además, nos ahorre

el peso del blindaje protector de radiaciones.

El índice de Harall seguía recorriendo la espalda de la pelirroja.

—Ese motor —dijo lentamente—, podría emplear el «energyl» como combustible.

—Desde luego, pero ¿se ha ideado la transformación de la energía producida por el «energyl» en potencia de la acción de la gravedad?

—¿No lo sabe usted, doctor?

Savini carraspeó.

—Bueno… yo he hecho algunos experimentos… Teoría más bien —contestó evasivamente.

—Algunos experimentos muy afortunados, doctor —dijo Harall, ahora muy ocupado en la contemplación del fascinante escote de la pelirroja.

—Estoy muy lejos aún de alcanzar el éxito, señor Harall.

—Quizá yo pudiera proporcionarle los medios para conseguirlo, doctor.

—¿Cómo lo haría?

—Aclaremos antes las cosas, doctor. La gloria para usted. El provecho para mí. Por supuesto, no se quedaría usted desnudo.

—Entiendo. Los derechos de patente…

—Eso es algo que discutirían mis abogados. Pero, la fama, ¡ oh la fama, doctor Savini! Concentrarían los veinticinco futuros Premios Nobel de Física, de los veinticinco años próximos, en uno solo, y se lo otorgarían a usted. Durante un cuarto de siglo, ya no se darían más premios de esa especialidad, en honor al descubrir de lo que el hombre ha buscado con más ahínco desde tiempo inmemorial.

Savini, halagado, se esponjó.

—Siendo así, no habría nada que objetar —contestó.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo. En otra entrevista puntualizaremos los términos de nuestra asociación con más detalle. Por supuesto, el asunto de la financiación correría por mi cuenta.

—Gracias, señor Harall. Y ¿cuándo podría empezar?

—Vuelva a verme la semana próxima. El lunes, a la misma hora. Quizá entonces pueda darle más detalles.

—Sí, señor Harall.

Savini se marchó. La pelirroja se inclinó hacia Harall.

—Sbongie, ¿qué es lo que pretendes? —preguntó.

El hombre se levantó, cruzó la estancia y, en un aparador, se preparó una generosa dosis de whisky.

—Nena, en este mundo hay dos clases de hombres. —Miró el vaso al trasluz—. Los listos y los tontos. Los listos son los que tienen las llaves de las puertas que guardan los secretos que hacen andar al mundo. No hace falta que te diga cuáles son los otros.

—Desde luego, aunque no te explicas del todo bien —sonrió ella.

—Simplemente, estoy tratando de hacerme con la llave mayor y más importante —contestó Harall—. Con la llave del mundo, para que lo entiendas.

La pelirroja se levantó.

—No lo entiendo y no me importa, Sbongie manifestó—. Dispensa, pero tengo que irme a trabajar.

—¿Te gusta el empleo?

—Me aplauden y me contemplan. La fama agrada a todos, Sbongie.

—Es verdad. Quizá un día de estos vaya a verte actuar, pero ahora tengo mucho trabajo.

—Ya sabes dónde encontrarme, Sbongie.

—Desde luego. Adiós, Linda.

CAPÍTULO VII

El trueno de los aplausos llegó hasta el camerino al abrirse la puerta. Linda Clemens, vestida con un sucinto pero lujoso atavío, entró y se dirigió directamente al biombo.

A mitad de camino se detuve en seco y miró al hombre que estaba sentado indolentemente en un diván.

—Eh, oiga, ¿quién le ha dado permiso para entrar aquí? —preguntó irritadamente.

Ricardo sonrió.

—Estuve presenciando su actuación, señorita Clemens —contestó—. Resultó sensacional.

—Bah, no me venga con halagos. ¿Qué es lo que quiere? ¿Es usted un periodista?

—No, aunque sí he venido en busca de información. Mi nombre es Ricardo Thomas, aunque puede llamarme Ricardo a secas.

Ella entornó los ojos

—¿Qué clase de información? —quiso saber.

—El paradero de una hermosa joven llamada Laura Baxter.

—Ah, Laura «La Sinuosa».

—Esa misma, Linda.

La pelirroja sonrió mientras se situaba detrás del biombo.

—¿Cuál es su conflicto con Laura? —inquirió.

—Simplemente, que no conozco su domicilio.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Linda, no sea celosa.

Ella se echó a reír. Descolgó una bata, se la puso y salió del biombo.

—¿Le gusta Laura?

—No es tan hermosa como usted —sonrió el joven.

—Me adula. Ella es mucho más guapa.

—Dejemos las discusiones a un lado. No tengo ganas de hacer el juicio de París y declarar cuál de las Tres Gracias es la más hermosa.

—Sólo somos dos —dijo ella, entornando maliciosamente los párpados—. ¿Cuál se llevaría la manzana de oro?

—Bueno, es lo mismo. Resulta una elección difícil, Linda. La moneda quedaría de canto.

La artista se echó a reír.

—Muy diplomático —sonrió—. Está bien, lo sé por casualidad. Me encontré con ella hace algunas semanas y me lo dijo.

—Interesante. ¿Dónde vive?

Linda soltó una estridente carcajada.

—Resulta increíble —exclamó—. Laura «La Sinuosa» haciendo de ama de llaves de un científico chiflado…

—Bueno, quizá es que le gustó el empleo —dijo Ricardo, un tanto amoscado por el tono burlón de la pelirroja.

—Si, tal vez. Laura vive en el número setecientos noventa y dos de la Avenida Parkstone.

—Gracias, Linda. ¿Qué haría yo para pagar este favor inapreciable?

Ella le miró críticamente de arriba abajo.

—Me gustaría encontrarme con usted otra vez… en un lugar menos poblado —deseó.

—Aquí estamos los dos solos —sonrió Ricardo.

—Sí, pero tengo que volver a actuar de nuevo.

—Lamentable para mí. No puedo perder tanto tiempo. Oiga, ¿por qué le llaman a este teatro «Las 70 Piernas de Plata»?

—¿Es que no ha visto a las chicas del conjunto?

—Sí, pero son treinta y cuatro, que dan sesenta y ocho preciosas piernas…

Linda entreabrió su bata.

—¿Qué tiene que decir de las mías?

—Sesenta y ocho más dos, setenta, justo —sonrió Ricardo—. Eso lo explica todo. Y ahora, Linda, voy a ser París por un momento y le voy a entregar la recompensa por haber ganado el torneo de belleza de las Dos Gracias.

Metió la mano en el interior de su cazadora y sacó una manzana de oro.

—La mitología se ha hecho realidad —dijo.

Linda se quedó boquiabierta.

—¡ Una manzana de oro! —exclamó.

—De veintidós quilates —puntualizó Ricardo.

Esta vez, no deseó que la manzana de oro se convirtiera en cenizas. La pelirroja tenía sobradamente ganada la recompensa.

Horas más tarde, Linda Clemens aún no había salido de su sorpresa.

La áurea manzana descansaba sobre el tocador de su dormitorio.

—¿De dónde diablos habrá sacado ese tipo la manzana de oro? —se preguntaba una y otra vez.

* * *

—Se necesita una cantidad enorme de energía para producir la fuerza necesaria para anular la acción de la gravedad —dijo el profesor Frinn—. Eso sólo se puede conseguir coy un motor de

«energyl», naturalmente ; es pequeño, compacto y ocupa muy poco espacio, además de pesar una insignificancia en comparación con el volumen total de la astronave. Pero todavía me queda lo más importante.

—¿Qué es, profesor? —preguntó Laura.

Frinn suspiró.

—El dinero, muchacha. Las pruebas han resultado satisfactorias con el modelo a escala, pero querría construir uno con capacidad, al menos para media docena de personas. Su precio me resultaría prohibitivo, créame.

Laura se mordió los labios.

Mientras tanto, contemplaba el modelo de astronave, a escala reducida, que flotaba inmóvil en el laboratorio, suspendido a metro y medio del suelo.

El modelo tenía forma lenticular y medía medio metro de diámetro por veinte centímetros de grosor. Frinn lo manejaba por control remoto de radio.

—Si no me hubiera dejado allí los veinticinco mil solares…— murmuró la joven.

—¿Decía usted, Laura?

—Nada, profesor. En su opinión, ¿cuánto necesitara para construir un prototipo que pudiera ser tripulado por varias personas?

Frinn hizo un gesto ambiguo.

—¡ Qué sé yo! —exclamó—. Probablemente, varios millones… pero, muchacha, sólo cuento con mi retiro y unos cuantos bonos del gobierno que me producen una pequeña renta. Lo justo para ir tirando y pagarle a usted su sueldo.

«Es lastimoso», pensó Laura. »

—Me gustaría ser rica —dijo sonriendo—. Financiaría su trabajo sin ninguna condición previa.

—No será rica, pero es una chica estupenda —contestó Frinn—. Bueno, ande, váyase a dormir. Yo voy a continuar trabajando. Tengo algunos cabos por atar todavía, ¿comprende?

—Sí, profesor. En la cocina le dejaré leche y galletas. Tome algún alimento antes de acostarse. Recuerde que si no llena el estómago, el cerebro no piensa.

Frinn asintió mientras ella salía. Luego, sentándose a la mesa de trabajo, empezó a hacer cálculos con un lápiz.

Laura llegó a la cocina y encendió la luz. Dio un paso hacia el frigorífico y, de repente, se detuvo en seco.

Sobre la mesa de la cocina había un fajo de billetes de banco.

—Se los olvidó usted el otro día en «El Unicornio Blanco», señora Baxter —dijo una voz masculina a sus espaldas.

* * *

Laura se volvió lentamente.

—Usted —dijo.

Ricardo sonrió.

—Yo mismo, señora Baxter —contestó—. Tengo que hablar con usted.

—Ha entrado en esta casa sin permiso. Váyase antes de que llame a la Policía —dijo ella con vehemencia.

—¿Puede hacerlo sin sufrir perjuicios usted misma?

Laura se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué es lo que quiere decir?

Ricardo alargó la mano hacia un plato de galletas que había sobre la mesa, tomó una y empezó a mordisquearla.

—Tal vez a la Policía le interesa saber quién era la bella desconocida que estaba con Granneck, el día de su muerte, en un reservado de «El Unicornio Blanco» —dijo como al desaire.

—Cuando yo me marché, Granneck estaba con vida; usted lo sabe bien —protestó Laura indignada.

—Sí, pero a la Policía le gustará hacerle preguntas acerca de los motivos que la llevaron a entrevistarse en aquella taberna con el interfecto.

—Son motivos míos…

—Que a mí me interesa conocer.

El pecho de la joven palpitó con violencia.

—¿Quién le ha dicho que yo vivía aquí? —preguntó.

—Linda Clemens, una mujer muy hermosa, aunque menos que usted, por supuesto.

—Ah, comprendo. ¿La conoce usted?

—La he conocido esta misma tarde. Pero no hablemos más de Linda y de sus piernas de plata. Hablemos de Granneck.

—¿Qué interés tiene usted en ese sujeto? Era un rufián despreciable.

Ricardo se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Mi interés se centra en casi dos mil ochocientos millones de solares, señora Baxter —contestó.

Laura le miró atónita.

—Es una cifra muy elevada —calificó.

—Importe de un cubo de «energyl», de un peso de veinte toneladas, conseguido después de un año de dura labor en un asteroide y que Granneck, con malas artes, aunque con mucho ingenio, justo es reconocerlo, me robó, verosímilmente por orden de otra persona. Ése era mi interés por Granneck, señora Baxter.

—Así que usted es un minero del espacio.

—Pensaba dejar de serlo. Si no recupero el «energyl», me veo volviendo de nuevo a los asteroides.

—Muy bien, admitamos que Granneck le robó el «energyl». Pero ¿qué tengo que ver yo con ese asunto?

—¿Cómo? ¡Estaba con él! ¡Escapó apenas me vio entrar, como alma que lleva el diablo!

Laura se sentó en una silla y se pasó la mano por la frente.

—Fue un movimiento instintivo —dijo—. Yo no quería que me vieran hablando con él. Cuando me di cuenta de que era usted, me dio vergüenza rectificar.

—Y salió corriendo con tanta velocidad a que se dejó atrás nada menos que veinticinco mil solares.

Ella sonrió desmayadamente.

—En aquellos momentos no me acordé del dinero —explicó—. Repito, me dejé llevar por el pánico.

—Hay que procurar mantener la calma en todo momento —dijo Ricardo sentenciosamente—. ¿Acaso creía que yo era un compinche de Granneck?

—Sí. Luego me avergoncé de que usted me viera con aquel rufián…

—Pero, bueno, ¿a qué había ido a verle?

—Mi marido fue asesinado. Yo quería que Granneck encontrase pruebas para hacer condenar al asesino.

—¿Lo conocía Granneck?

—Sí, y yo también, pero no hay pruebas.

—¿Amaba usted a su marido?

—Al principio, sí; después… Pero ¿por qué tengo yo que contestar a preguntas que se refieren a asuntos de mi intimidad?

Ricardo volvió a sonreír.

—Bueno, yo tal vez podría ayudarla —dijo—. A cambio de reciprocidad.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Laura.

—Usted conocía a Granneck.

—Sí.

—En tal caso, también conocerá a alguno de sus compinches.

—Pues… de momento, no se me ocurre más que el nombre de Frankie «El Muelle». Eran muy amigos, y si Frankie no le dice nada, no sé quién otro se lo podrá decir.

—Entiendo. ¿Qué significa ese apodo?

—Es un sujeto muy ágil. Salta como si tuviera muelles en los pies —contentó Laura.

—Entiendo. A usted la llamaban «La Sinuosa».

Ella enrojeció ligeramente a la vez que se ponía en pie.

—Es una época de mi vida que deseo olvidar —contestó.

Ricardo la contempló críticamente de, pies a cabeza.

—No cabe duda —dijo—; el premio de la manzana de oro para Linda Clemens ha sido una injusticia.

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Laura.

—Simplemente, que es usted mucho más hermosa que ella.

—Bueno, yo creo que la hermosura no tiene nada que ver con este asunto…

—¿De veras lo cree así?

Ricardo avanzó hacia ella y cerró los brazos en torno a su esbelto talle.

—Con Linda no se me ha ocurrido hacer esto —murmuró.

Laura echó el busto hacia atrás y le miró con los ojos entornados.

—¿Se cree un conquistador? —preguntó.

—Me creo un admirador de la belleza en su expresión máxima: ¡Usted!

Y buscó los labios de la joven, que aparecían palpitantes de vida.

Laura se sintió extrañamente turbada al verse abrazada por el joven. Cerró los ojos y su respiración se hizo entrecortada.

Ricardo acentuó la presión de sus brazos. Laura se sentía invadida por una inexplicable languidez. Se dio cuenta de que iba a ceder, pero no lo lamentaba.

Los labios del hombre robaron los suyos. De repente, Laura volvió a la realidad y se separó de él.

Estaba muy sofocada y su pecho subía y bajaba rápidamente, haciendo resaltar sus macizas curvas.

—No soy de esa clase de mujeres que usted cree —dijo.

—Nunca he creído que lo fuera —sonrió Ricardo—. Pero sí es una mujer, en todo el significado de la palabra. Y no la he abrazado porque me crea un conquistador.

Laura sonrió.

—Ahora no me diga que se ha enamorado de mí —contestó irónicamente.

Ricardo fue a decir algo, pero un ruido extraño se lo impidió.

¡CLINC! ¡CLINC! ¡CUNC!…

—¿Quién anda rompiendo cristales por ahí? —se extrañó el joven.

—Debe de ser en el laboratorio del profesor —calculó Laura—. Voy a ver.

CAPÍTULO VIII

Ricardo quedó en la cocina, bastante satisfecho del resultado de la entrevista con Laura, cuya hermosura le atraía de un modo singular. Sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderle, pero, casi en el mismo instante, oyó un débil grito de mujer.

«A Laura le pasa algo», dedujo inmediatamente.

Tiró el cigarrillo a un lado y echó a correr. Atravesó la cocina y un par de habitaciones y llegó a otra mucho más amplia, donde vio a tres hombres forcejeando con Laura y el profesor.

—¡ Ricardo! —gritó ella angustiosamente, mientras era arrastrada por un individuo hacia la puerta.

—¡ Al ataque! —gritó él.

Dio un par de saltos, agarró al individuo, lo levantó por encima de su cabeza y lo lanzó a través de una ventana, cuyos vidrios estallaron con tremendo estrépito.

—¡ Duro con él, Augie! —gritó alguien a sus espaldas.

Ricardo se volvió. Un sujeto de recia complexión corría a atacarle.

El joven se limitó a estirar el brazo con el puño cerrado. Su atacante tropezó con aquel obstáculo y puso los ojos en blanco.

Sin embargo, no cayó. Quedó tambaleándose y Ricardo remató la labor de otro seco derechazo. —bien —dijo el tercer individuo—. ¡Levante las manos o le meteré cuatro tiros en la sesera!

Ricardo miró al individuo. Estaba dispuesto a cumplir su amenaza, adivinó de inmediato.

—Voy a llevarme al profesor y a esa chica —dijo el de la pistola —. Si trata de impedírmelo, lo mataré.

—¿Con esa pistola? —sonrió—. ¡ Bah, sus balas no llegan ni a un metro de distancia!

Laura contemplaba atónita la escena. El profesor, desconcertado, no sabía qué hacer.

—De modo que mis balas no llegan ni a un metro, ¿eh? —dijo el pistolero—. Está bien, para muestra, le haré solamente un agujerito en el hombro…

Disparó. La bala cayó a sus pies.

—¿No se lo dije? —sonrió Ricardo.

El otro, tremendamente asombrado, disparó de nuevo.

La bala volvió a caer a un metro de sus pies. Ricardo dejó escapar una risita.

—Claro, como no aprieta el gatillo con fuerza... Si lo aprieta con más fuerza, la bala llegará un metro más adelante... pero yo no le recomendaría hacer más disparos. Esa pistola es de chocolate y se le va a derretir.

El pistolero estaba asombradísimo. De repente, el arma empezó a fundirse entre sus dedos, convertida en una sustancia pegajosa, de inconfundible color achocolatado.

Laura no pudo contenerse y soltó una estrepitosa carcajada. El pistolero, atacado de repente por el pánico, giró un cuarto de vuelta, atravesó el laboratorio y se tiró de cabeza por la ventana.

—Bueno —dijo Ricardo, satisfecho—. El peligro ha pasado.

—Laura —exclamó Frinn—, usted no me había hablado nada acerca de este joven. ¿Es un pretendiente suyo?

Ella se ruborizó intensamente.

— Es sólo un buen amigo —contestó—. Profesor, le presento a Ricardo Thomas. Ricardo, el profesor Frinn.

—¿Cómo está, muchacho?

—Es un placer conocerle, profesor.

De repente, Ricardo se dio cuenta de que había alguien en el suelo.

—Hombre —exclamó—, aquí tenemos a un tipo que podrá decimos por qué intentaron secuestrarles a ustedes.

—Eso no es difícil de averiguar —manifestó Laura—. Los motivos de este secuestro fallido son los mismos que los del otro día.

Ricardo la miró perplejo.

—¿Pertenecen a la misma banda? —inquirió.

—Parece razonable contestar afirmativamente —dijo la joven.

* * *

—El que lo sabía todo era Ed Bynus —contestó el asaltante, después de que un par de jarras de agua fría le hubieron vuelto a la realidad.

—¿Quién es Bynus? —preguntó Ricardo—. ¿Lo conoce usted, Laura?

Ella sé sulfuró.

—Pero ¿es que se cree que yo tengo relación con todas las gentes del hampa?

—Bueno, bueno, no se enoje; sólo fue una pregunta. Tú —se dirigió al prisionero—, ¿qué más puedes decirnos?

—Nada —contestó el sujeto hoscamente—. Ed era nuestro jefe. Nos dijo que viniéramos aquí y vinimos, eso es todo.

—Pero no gratis.

—Hombre, qué cosas tiene usted...

—¿Cuánto te tocaba a ti en el reparto?

—Dos mil. No sé cuál es la parte de Ed.

—Un poco más, seguro. ¿Os dijo de parte de quién teníais que actuar?

—No, y ¿qué* nos importaba? Mejor, así se evita uno compromisos, ¿no cree?

—Un argumento muy lógico —terció Laura.

—Y, sobre todo, conveniente para el tipo que ordenó el secuestro. Bueno, será cosa de buscar a Ed Bynus…

—Si lo hace para preguntarle quién le ordenó secuestramos, no se moleste —dijo Laura—. Yo sé quién es.

—¿De veras?

—Sí, pero es mejor que deje marchar a ese sujeto.

Ricardo comprendió la sensatez del consejo.

—Vamos, lárgate —dijo al rufián.

El individuo no necesitó que se lo repitiesen dos veces. Al quedarse solos, Ricardo miró inquisitivamente a la joven.

—¿Y bien?

—Sbong Harall —contestó ella.

—¿Quién es?

—El mismo que quiso secuestrarme el otro día. El mismo que ordenó asesinar a mi esposo.

—¡ Pero, Laura! —exclamó el profesor—. ¡ Qué cosas está diciendo usted!

—Es cierto —confirmó la joven—. Temo que no he sido demasiado franca con usted, profesor.

—Eso no tiene nada que ver con su empleo —dijo Ricardo—. Es una excelente muchacha y su pasado debe ser dejado a un lado.

—Bueno, pero hay cosas que yo no entiendo… —alegó Frinn.

Laura miró a derecha e izquierda. De pronto, extendió la mano:

—Ahí tiene los motivos, profesor —señaló.

Ricardo se fijó en el modelo de astronave, que continuaba flotando en el aire y en el cual no había reparado hasta entonces.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El descubrimiento del profesor —contestó Laura.

Ricardo se acercó al modelo y lo contempló detenidamente. Pasó la mano por encima y por debajo y exclamó, asombrado:

—¡ Está sostenido en el aire, sin necesidad de colgar de un hilo!

—¡Naturalmente, joven! —contestó Frinn, ofendido—. Con mi descubrimiento, no se necesitan hilos para sostener las cosas en el aire… ni para hacer elevarse a las astronaves y volar por el espacio a la velocidad que se desee.

Ricardo miró alternativamente a Frinn y a Laura.

—¿Qué descubrimiento es ése? —preguntó.

Laura calló. Pensó que la respuesta correspondía al propio Frinn.

El profesor soltó una risilla.

— ¡ Y pensar que ese animal de Julius Nicolaiev dijo que nunca lo conseguiría! ¡ Antigravedad, muchacho, antigravedad!

Ricardo oyó aquellas palabras y buscó una silla.

La necesitaba, porque las piernas se negaban a tenerle en pie.

* * *

Silbando alegremente, el profesor Julius Nicolaiev atravesó su laboratorio y se acercó a un recio muro de cemento, en uno de cuyos lados se veía una gruesa puerta de hierro, de unos sesenta centímetros de lado.

Nicolaiev, sin dejar de silbar, consultó el reloj. Sacó un lápiz y apuntó algo en una hoja de papel colgada de la pared.

Era un hombre bajito, rechoncho, de cráneo casi pelada, circundado por un aro de pelos blancos. Tenía la cara sonrosada y los ojos agudos y maliciosos como los de un chiquillo travieso.

Cerca de la pared, había una mesa con una especie de cubeta muy poco profunda, de paredes sumamente gruesas y construida con material refractario. Al lado de la puerta de la pared había un termómetro.

Consultó la temperatura.

—Bueno, ya ha pasado tiempo más que suficiente —se dijo.

Buscó unos gruesos guantes de cuero y se los calzó. Luego agarró unas largas tenazas.

Con la mano izquierda, movió hacia abajo la palanca de abertura. La puerta, enormemente gruesa, forrada de material refractario, giró a un lado.

Nicolaiev se agachó un poco y miró al interior del horno. A unos cincuenta centímetros de la puerta, divisó un cubo de metal brillante, de unos diez centímetros de lado.

Introdujo las tenazas y aprisionó el cubo, que luego dejó sobre la cubeta. A continuación, conectó un potente ventilador.

—Creo que lo he conseguido, lo he conseguido… —canturreó, a punto de explotar de júbilo.

Pasaron algunos minutos. Nicolaiev se descalzó un guante y se atrevió a tocar el cubo de metal con la yema de un dedo.

—Temperatura soportable para la epidermis —dijo.

Y desconectó el ventilador.

Inmediatamente, tomó el cubo de metal y lo colocó sobre una balanza.

La aguja de la balanza marcó una cifra:

19 kilos, 987 gramos.

Nicolaiev lanzó un alarido de júbilo:

— ¡ En estado de casi absoluta pureza! ¡ Sólo tres milésimas de

ganga!

Pero eran tres milésimas por decímetro cúbico, lo que, en Realidad, resultaba insignificante.

Casi se puso a bailar de júbilo.

—Y ese caimán de Frinn decía que no lo conseguiría —cantaba como si se hubiera vuelto loco—. Las cosas que le voy a decir a ese mulo con bata blanca cuando me lo eche a la cara Sólo tres milésimas de impurezas por decímetro cúbico… y todavía tengo posibilidades de conseguirlo aún más puro… ¡Laralá, laralá, laralá…!

Nicolaiev se detuvo unos momentos. Buscó un cuaderno y empezó a hacer cálculos.

—Bueno, dejando a un lado los gastos de mantenimiento propios y demás minucias, entre material y otras cosas, ese bloque me ha salido por unos veintidós solares.

Agitó la mano para chascar los dedos.

—Y eso que se trata de trabajos experimentales —añadió—. Cuando se industrialice su producción, un cubo de ese mismo tamaño, costará menos de un solar.

CAPÍTULO IX

Linda Clemens abrió la puerta y parpadeó al reconocer a su visitante.

—¿Me traes otra manzana de oro? —preguntó, con la sonrisa en los labios.

—No, ahora son bombones. Toma —contestó Ricardo, entregándole una caja que medía medio metro de lado, adornada con un monumental lazo.

—Tú no me quieres bien —se lamentó ella—. Los bombones me enloquecen; por eso no los tengo nunca en casa.

Ricardo la miró de arriba abajo.

—¿Temes engordar?

Ella lanzó una argentina carcajada.

—Entra —dijo, alargando el brazo—. En todo caso, engordaremos juntos.

Ricardo sonrió. Linda vestía una blusa sin mangas y «shorts» muy ceñidos. Su espesa cabellera rojiza estaba atada en la nunca por una cinta negra.

—Todavía, a veces, creo que sueño —dijo Linda—. Muchas noches me despierto y tengo que tocar la manzana de oro, para convencerme de que es realidad.

—Yo nunca engañaría a una chica tan guapa como tú, Linda.

—Todos los hombres decís lo mismo —contestó ella, mientras se afanaba por abrir la caja de bombones—. Pero no has venido sólo por verme a mí.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Intuición femenina. Toma un bombón.

Ricardo aceptó.

—Quiero que me hables de Laura «La Sinuosa», Linda —dijo.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Y bien?

—Ella está muy enfadada con un tipo llamado Sbong Harall.

—Motivos tiene para ello, Ricardo —contestó Linda, sentándose indolentemente en el diván.

—La muerte de su esposo, ¿no?

—Se sospecha de Harall, pero no hay pruebas.

—¿Por qué mató a Roldy Baxter? O lo hizo matar, es lo mismo.

—Yo diría que para tener el campo libre, Ricardo. Pero quizá

haya otros motivos que desconozco.

—De modo que Harall estaba chiflado por Laura.

—Sí, desde luego. Los otros motivos, si existen, los desconozco, repito. ¿Te ha dicho ella algo?

Ricardo hizo un gesto negativo.

—No. Se muestra muy evasiva —contestó.

—Lo cual prueba que tú eres muy poco persuasivo —dijo Linda maliciosamente.

—Tal vez —admitió él—. Es que no tengo mucha experiencia con las mujeres, ¿sabes?

Linda se le acercó insinuantemente.

—No hablas en serio —susurró.

—Te lo juro…

Ella le echó los brazos al cuello.

—No me digas que careces de experiencia —dijo, con los labios pegados a los del joven—. Es, es algo que no puedo cree…

Linda ya no pudo seguir hablando. Los labios de Ricardo se lo impedían.

Pasados algunos minutos, Linda, muy sofocada, se levantó y se atusó el pelo.

—¿Quieres algo de beber? —ofreció.

—Café, si no tienes inconveniente.

—Te lo prepararé en un momento.

Desde la cocina, Linda gritó:

—Ricardo, ¿qué tal se encuentra Laura en casa de ese chiflado?

—Bien, creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá es lo que ella deseó siempre.

El joven se levantó, atravesó la sala y se asomó a la cocina.

—¿Qué es lo que tratas de decir, Linda? —preguntó.

Ella enchufó la cafetera y se volvió hacia él.

—Laura fue siempre una chica extraña. No sé cómo diablos pudo enamorarse de Baxter, pero así fue, aunque luego se arrepintiera de ello, ¿comprendes? —dijo sonriendo—. En fin, ya sabes, las mujeres siempre tenemos un cuarto de hora tonto.

—A ella le duró más tiempo.

—Sí, claro. Era un ambiente muy distinto del suyo, se veía famosa, admirada, cortejada… Pero luego pasó lo que pasó y rompió con esa vida. No era la suya, créeme.

—¿Qué clase de vida le hubiera gustado a ella?

—Pues la que llevaba antes de conocer a ese rufián de Rokly Baxter. Acababa de recibir el doctorado en Ciencias Físicas y ya ves adonde ha ido a parar: en ama de llaves de un científico chiflado.

Ricardo abrió la boca de par en par.

—Laura… doctora en Física…

—Como lo oyes —confirmó Linda—. Y si no me crees, ve a la Universidad; allí encontrarás pruebas de lo que digo.

* * *

Sbong Harall entornó los ojos y sus dedos tabalearon sobre el brazo del sillón en que estaba sentado.

—De modo que el asunto fracasó porque intervino ese tipo —dijo.

—Sí, señor; tiene unas fuerzas hercúleas y nos derrotó a los tres con toda facilidad.

Ed Brynus no quiso decir que su pistola, después de disparar flojamente, se le había convertido en chocolate derretido, que le había puesto la mano perdida de pasta. Harall no le hubiera creído.

—Pero tú estabas armado…

—No convenía hacer ruido —mintió el sujeto.

—Claro, claro… Así que fue el chico con fuerzas de Hércules.

—Sí, señor Harall, aunque ya no es tan chico; debe de andar por los treinta y dos años…

—Era sólo un calificativo —puntualizó Harall—. Lo conozco y sé que puede constituir un serio estorbo para mis planes.

—A mí no se me ocurre ninguna idea —dijo Bynus.

—Para eso estoy yo —contestó el otro sarcásticamente—. Vamos a ver: Ricardo Thomas tiene unas fuerzas fabulosas.

—Sí, señor.

—Pero es de carne y hueso.

—Hombre, señor Harall…

—Y los hombres de carne y hueso son mortales.

Bynus miró recelosamente a su interlocutor.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Sencillamente, lo que he dicho —sonrió Harall

—Entiendo. No resultará barato.

—Vivo, me resultará aún más caro. ¿Cuánto?

—Los precios andan por las nubes, patrón.

—He preguntado una cifra, Ed —dijo Harall secamente.

—Veinte mil.

Harall no se inmutó.

—Supongo que será un tipo seguro —dijo.

—Por lo que yo sé, no ha fallado hasta ahora un solo encargo. Ese es el motivo de que cobre tan caro, señor Harall. Se llama…

—No me des nombres, Ed, no quiero saber quién es. La próxima vez que vengas aquí, tráeme la noticia de su fallecimiento.

—Sí, señor.

Harall se levantó. Abrió un cajoncito de su escritorio y sacó un fajo de billetes de a mil solares.

Contó veinte y los lanzó sobre la mesa. El dinero desapareció rápidamente de la vista.

—Hoy mismo iré a hablar con… mi amigo —dijo Bynus.

—De acuerdo, Ed. Pero ten en cuenta una cosa.

—Sí, señor.

—Soy generoso, pero exijo resultados. No me importa pagar bien lo que sea; lo que me interesa son los resultados. Me disgusta tirar el dinero, ¿entiendes?

—Sí, señor. Considere estos veinte mil solares como una de las mejores inversiones de su vida, señor Harall.

Bynus se dirigió hacia la puerta, rebosante de satisfacción. «¡Qué fácil es ganarse diez mil solares!», pensó.

Harall miró fijamente al sujeto, mientras salía.

«Sé que te vas a quedar con la mitad, pero si me quitáis a Thomas de en medio, no me importará pagar el doble del precio habitual», pensó.

* * *

El profesor Frinn lanzó el lápiz a un lado, a la vez que emitía una interjección poco académica.

—¿Le sucede algo, profesor? —se interesó Laura, que entraba en aquel momento.

—Me encuentro atascado con estos malditos cálculos— dijo Frinn—. Se trata de aligerar más peso todavía, a fin de conseguir un ahorro de energía en la fuente de emisión de radiaciones contrarrestantes de la gravedad.

Laura sonrió suavemente,

—Lo mejor será que de un paseo para aclararse las ideas, profesor —aconsejó—. Lleva demasiados días encerrado como un búho en este laboratorio y eso no es bueno para la salud.

Frinn hizo un gesto de aquiescencia.

—Puede que tenga razón, muchacha —convino—. Sí, me noto la cabeza cargada y voy a salir un momento al jardín.

—Y si se pasea tres o cuatro kilómetros, aún le irá mejor todavía —añadió ella.

El profesor abandonó el laboratorio. Laura se acercó a la mesa de trabajo y contempló atentamente las largas columnas de cifras y signos que había trazado Frinn sobre el papel.

Mientras, el profesor había salido al jardín, que era de cierta extensión y estaba rodeado por una blanca valla de madera, de unos setenta u ochenta centímetros de alto. Caminó con paso rápido y nervioso, pero, de repente, al llegar junto a la valla, se detuvo y parpadeó con aire de asombro.

—Eso que estoy viendo, ¿es un ser humano o una bola de sebo

con patas? —dijo en tono insultante.

—Eso que estoy viendo, ¿es un ser humano o un saltamontes con gafas? —contestó el doctor Nicolaiev, en tono no menos insolente.

CAPÍTULO X

La mano de Laura se movía rápidamente sobre el papel. Estaba en pie, pero inclinada sobre la mesa.

Un mechón de cabellos le obstaculizó un instante la visión y ella lo apartó con un ¿esto maquinal de la mano izquierda. Luego siguió enfrascada en su labor.

—¿Puedo pasar, doctora? —preguntó alguien.

—Sí, entre…

Laura se irguió vivamente, apenas pronunciadas aquellas palabras.

Ricardo avanzó hacia ella con la sonrisa en los labios. Laura, pálida, contraídas las facciones, dijo:

—Creo que me ha dado un título que no me corresponde, Ricardo.

El joven sonrió.

—Doctora en Ciencias Físicas, cum laude —recitó—. Una notable carrera, estropeada por un tropezón.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó ella.

—No es ético revelar las fuentes de información —contestó Ricardo—. Pero es verdad.

Laura hizo un gesto de resignación.

—Sí, tengo ese título —reconoció.

—Y está actuando de simple ama de llaves.

—No quiero complicarme la vida, eso es todo.

—Sin embargo, otros se la complican.

—Pero no por culpa mía…

—Sino de su empleo actual. ¿Me equivoco?

—Está bien, Ricardo. Creo que una persona tiene derecho a tomar sus propias decisiones. Si se equivoca, a nadie debe exigir responsabilidades.

El joven se sentó en un ángulo de la mesa.

—Una actitud muy noble —calificó—. ¿Qué hace, corregir los cálculos del profesor?

—Está buscando aligerar de peso el sistema propulsor de la nave movida por antigravedad —explicó ella.

—¿Se ganaría algo? Para un motor de esas cualidades, una tonelada más o menos, no debe importar gran cosa.

—Quedaría más espacio en el interior de la astronave.

—Ah, eso sí es cierto. —Ricardo suspiró—. El terrible problema

del espacio en el interior de una nave. No sabe bien lo que es, Laura.

—Me lo imagino. Pero todo se andará, créame. Y usted, ¿ha conseguido saber algo de su bloque de «energyl»?

—Hasta ahora, nada.

—Una lástima. El profesor sólo puede llegar hasta el modelo; necesitaría mucho dinero para construir un prototipo, en el que pudieran embarcar media docena de personas.

—Lo siento; yo sólo tengo unos miles ahorrados, aunque le ayudaría con muchísimo gusto…

De repente, se oyeron unos gritos atroces en el patio. Laura se alarmó.

—¡ Es el profesor!

Ricardo se levantó de un salto y corrió en busca de la puerta trasera. Al llegar al centro del jardín, en unión de Laura, se encontró presenciando una escena curiosísima.

—¡Cretino! —gritaba el profesor Frinn a voz en cuello.

—¡Animal! —le contestó su no menos excitado interlocutor.

—¡ Calabaza bípeda!

—¡ Langosta reumática!

—¡ Erizo sin púas!

—¡ Saco de huesos!

—Esfera de ignorancia, alcaloide de la idiotez…

—Campeón de la imbecilidad, rey de la estulticia…

Ricardo rompió a reír. Laura no se pudo contener y también soltó la carcajada.

—Sucede. siempre que se encuentran —explicó, mientras los dos interlocutores continuaban aguzando su ingenio para dirigirse mutuos y variados apostrofes—. El doctor Nicolaiev y él son enemigos acérrimos.

—Ah —sonrió Ricardo—, es el tipo que mencionó el otro día.

—Sí —contestó Laura. De pronto, le agarró por el brazo, a la vez que le dirigía una mirada suplicante—. Ricardo, por favor, no le diga nada al profesor.

—Descuide —sonrió él.

—¡ Y en vista de la forma en que me tratas, no te comunicaré cuál es mi último descubrimiento! —chilló Nicolaiev, congestionado hasta el bordo de la explosión.

—Tu último descubrimiento es el fuego, zopenco. En cambio, yo…

—Tú sólo levantarás las cosas del suelo tirando de un hilo, pero con antigravedad… ¡Ja, ja! —rió Nicolaiev con descamada burla.

—Y tú, mira que pretender sintetizar el…

¡ Ziuuu…!

Algo silbó por los aires*interrumpiendo a Frinn, que se vio

obligado a agacharse para evitar la pedrada que le tiraba el otro.

—Conque querías guerra, ¿eh? Pues la tendrás…

La pelea acabó por agotamiento físico de ambos contendientes. Sintiéndose triunfador, Nicolaiev se retiró con la frente muy alta.

En cuanto a Frinn, no se sentía menos orgulloso.

—¿Qué se habrá creído ese ignorante? ¡ Si no conoce siquiera la fórmula del agua, que es lo menos que se le puede pedir a un científico!

De pronto reparó en la presencia de Ricardo.

—¿Qué se le ofrece, «pollo»? —preguntó—. ¿Trae alguna noticia interesante?

—Ninguna, profesor —contestó el joven, mirando de reojo a Laura—. Todo sigue igual por ahora.

Laura sonrió imperceptiblemente. En su interior, dio las gracias a Ricardo por haber accedido a su petición.

* * *

Dulley, «El Matador», inhaló profundamente el humo de su cigarrillo y luego, mientras aplastaba la colilla en un cenicero, lo expulsó con gran lentitud.

—¿Cuánto has dicho, Ed?

—Diez de los grandes, «Matador».

—Quince —replicó Dulley fríamente.

—Pero, «Matador»…

—Te conozco, Ed. El que te ha dado el encargo habrá pagado veinte mil. Tú pensabas quedarte con la mitad, pero conmigo te equivocas. O me das quince, o no hay trato.

Bynus se resignó.

—Está bien, serán quince —cedió.

—Al contado.

—Al contado, «Matador».

Bynus sacó los billetes y separó cinco, entregando quince a su interlocutor.

—Aquí tienes —dijo.

Dulley los contó a su vez. Después de doblarlos, los guardó en uno de sus bolsillos.

—Considéralo hecho —aseguró—. Y no digas que no me porto generosamente contigo; te doy el veinticinco por ciento de comisión.

—El caso es que no falles, «Matador».

—¿Qué clase de arma piensas emplear?

—Mi rifle especial, Ed.

Bynus arqueó las cejas.

—¿Tienes un rifle especial? —preguntó.

—Sí. Dispara proyectiles teledirigidos; de este modo, no es

necesario situarse frente al blanco. Basta conocer su posición y… ¡BANG!

—El proyectil alcanza a la víctima.

—Basta con que explote a cinco metros, para convertirlo en picadillo —contestó Dulley, sonriendo siniestramente. Se puso en pie —: ¿Hay plazo señalado?

—Lo más pronto posible, «Matador».

—Tendrás noticias mías. Adiós, Ed.

—Adiós, «Matador».

El asesino profesional abandonó el reservado. Ed Bynus lo hizo cinco minutos más tarde.

Trudi Mornboo vio salir a los dos hombres. Sabía que habían estado hablando secretamente en un reservado y se imaginó los términos de la conversación.

La chica se apoyó en uno de los ángulos del mostrador.

—¿A quién querrá «apiolar» ese tipo? —se preguntó.

Trudi empezó a pensar. Dulley, ella había oído más de una cosa acerca del tipo, no era un hombre barato.

Cobraba caro, pero no fallaba. Trudi se sintió preocupada.

De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Y si…?

Despachó de un trago el contenido de su copa y caminó en busca de una cabina telefónica. Gastar un cuarto de solar en una llamada era muy poco dinero comparado con los mil solares que un tipo atractivo le había regalado días atrás.

* * *

Ricardo estaba a punto de quitarse la camisa, cuan, do oyó el zumbido del videófono. Se acercó al aparato y pulso la tecla de contacto.

—Thomas —dijo.

—Hola, Ricardo —saludó Trudi—. Te acuerdas de mí, ¿no es cierto?

—Eres una chica difícil de olvidar —contestó él, sonriendo.

— ¡ A cuántas le habrás dicho lo mismo! —suspiró Trudi—. Pero hablemos de otra cosa más importante.

—¿Sí, Trudi?

—Aquí, en «El Unicornio Blanco» se oyen muchas cosas. Escuché algo de una paliza que diste a un tal Ed Bynus y a dos de sus compinches.

—Bueno, hice lo que pude —sonrió Ricardo.

—Bynus es un mal bicho, pero rastrero. Lo he visto conversando con otro que es aún peor que él.

—¿Lo conozco yo?

—Me extrañaría mucho. Es Dulley. «El Matador».

—¿Torero? —preguntó Ricardo ingenuamente.

—No seas cándido. «Matador» no mata toros, precisamente.

—Ah, ya entiendo. Un asesino profesional.

—Por aquí se rumorea que no falla jamás. Escucha, Ricardo, yo no sé si hablaron de ti, pero no me gustaría que te pasara nada. Por si acaso, más vale que estés al tanto.

—Descuida, Trudi; cerraré bien las ventanas…

—Eso no te servirá de nada, Ricardo.

—¿Por qué?

—Dulley usa un rifle especial, con proyectiles teledirigidos. Explosivos también, naturalmente.

Ricardo silbó.

—He oído hablar de esas armas. Pueden disparar desde cuatro o cinco kilómetros de distancia —dijo.

—Yo no entiendo mucho, pero creo que es así. Bueno, Ricardo, ya te he dicho lo que hay. Si hablaron de ti o no, lo ignoro, pero no te descuides.

—Lo tendré muy presente. Trudi, en cuanto haya liquidado este asunto, iré a «El Unicornio Blanco» y te haré un buen regalo.

—No me lo merezco; ya me diste bastante…

—Te haré el regalo, insisto —cortó él.

Encendió un cigarrillo una vez terminado el diálogo. ¿Dónde se situaría Dulley para efectuar su disparo mortal?

Aunque no fuese para él, merecía la pena evitar un asesinato, se dijo.

CAPÍTULO XI

Canturreando entre dientes, Dulley, «El Matador», empezó a montar el rifle que disparaba proyectiles teledirigidos.

Su blanco estaba situado exactamente a dos mil ochocientos veintidós metros de distancia y en un ángulo de 11° más bajo del nivel desde el cual dispararía el arma. Una vez montada, instaló el trípode.

El rifle era mayor de lo ordinario y su ánima tenía casi cinco centímetros de calibre. La boca terminaba en una ancha protuberancia, que no sólo acallaba los sonidos, sino que servía también para amortiguar el retroceso producido por los gases en el momento del disparo.

Sobre el cañón, la altura de la recámara, estaba el visor de puntería, semejante a una pequeña pantalla de televisión, de unos doce centímetros de lado. La pantalla tenía en el centro una cruz filar, con graduaciones en sus dos ramas.

Dulley montó el arma sobre el trípode y comprobó su perfecta horizontalidad. Luego manejó las ruedecillas de puntería.

Otro de los adminículos que Dulley había llevado consigo era un proyector de imágenes. Después de instalarlo, lo hizo funcionar, de tal modo que el eje del aparato estuviese perpendicular con el del fusil.

El aparato proyectó sobre la pantalla de tela una imagen del plano de la ciudad. Dulley fue proyectando sucesivas imágenes, cada vez con mayor aumento, hasta que en la pantalla apareció la ventana de una casa.

La ventana aumentó también de tamaño. Dulley hizo girar el visor de puntería y enfiló su cruz filar con la ventana.

Movió otra vez las ruedecillas de modo que parecía que la ventana tuviese dos barrotes en cruz. Conseguida la puntería, procedió a cargar el arma.

Había llevado conmigo una maleta, donde guardaba las piezas del fusil. En unos alvéolos especiales tenía los proyectiles, de unos veinte centímetros de largo y con aletas en la parte posterior para guiarlos en vuelo.

La distancia al blanco le era perfectamente conocida. Dulley graduó el mecanismo de disparo de acuerdo con dicha distancia. El proyectil estallaría en un espacio comprendido en uno y cinco metros del blanco.

Sin dejar de silbar, introdujo el proyectil en la recámara y la cerró. El fusil dispararía el proyectil, que luego seguiría su mortífero

vuelo por sí mismo, merced a la carga impulsora contenida en la segunda fase de su estructura.

Al cerrar la recámara, se encendió una luz roja en el cuadro de mandos del arma. Luego consultó su reloj.

—Todavía es pronto —se dijo.

Satisfecho, encendió un cigarrillo y se sentó a esperar la hora más apropiada para el disparo.

Delante de él tenía la ventana de la habitación, cubierta por unas espesas cortinas. Cuando llegase el momento, apagaría la luz. descorrería las cortinas y abriría la ventana.

Entonces apretaría un botón que accionaría el mecanismo de disparo. Diez segundos más tarde, Ricardo Thomas habría dejado de existir.

* * *

—¿Será verdad lo que me dijo Trudi? —se preguntó Ricardo.

Apresuradamente, se había hecho instalar recias planchas de blindaje en las ventanas de su apartamiento, así como otra en la puerta. Pero era obvio que no podía seguir así continuamente.

Reflexionó. Si al menos supiera desde dónde iba a disparar el asesino…

Era algo que Trudi no había sabido decirle, lógicamente. Por otra parte, no podía vivir siempre bajo la amenaza de un disparo mortífero.

Tenía que salir, no iba a pasarse los días enteros dentro de la casa.

De repente, recordó algo.

Tynux.

Entre otras cosas, el hombrecillo le había dicho:

«Podrás volar sin alas ni nada…»

Sí, estaba bien, pero ¿podría volar hasta donde estaba el asesino, preparando su fusil lanzacohetes?

—Bueno, ¿y por qué no probar? —se dijo.

Cerró los ojos. Crispó los puños.

—Quiero volar hasta donde esté Dulley «El Matador» —deseó.

* * *

Dulley consultó el reloj.

—Ya es la hora —murmuró.

Tiró el cigarrillo a un rincón y se puso en pie. Iba a dirigirse hacia las cortinas, cuando, de pronto, sonó una voz a sus espaldas, —¿Necesitas ayuda, «Matador»?

Dulley se volvió en el acto, tremendamente sobresaltado. Creía

haber Cerrado la puerta del piso con doble vuelta de llave, pero alguien había burlado sus precauciones.

—¿Qui… quién es usted? —preguntó.

El recién llegado sonrió.

—Por lo visto, has estudiado bien mis costumbres, pero, dado que no te era necesario verme a través del visor de puntería, no te molestaste siquiera en pedir una fotografía mía. ¿No eres capaz de adivinar quién soy yo?

Dulley se estremeció.

—¡ Thomas! —gritó.

—Yo mismo —confirmó el recién llegado.

Dulley dio un paso atrás.

—Es lo mismo —dijo—. Me pagaron por matarle y usted mismo me ha ahorrado el trabajo…

Sacó una pistola y apretó el gatillo. Ricardo elevó la mano y la bala empezó a dar vueltas en el aire, zumbando como un moscardón enfurecido.

—¿Usas pistolas de broma? —preguntó con ironía. Dulley estaba atónito.

—¡Maldición, no entiendo lo que pasa, pero…!

—¡ Cuidado, _no dispares! Podrías herirte a ti mismo.

El asesino bajó los ojos. Un terrible chillido se escapó de sus labios.

El cañón de la pistola se había curvado en U y apuntaba directamente a su propio pecho.

Espantado, lanzó el armera un lado.

—No puede ser, no puede ser… —gimió.

Ricardo se acercó al fusil y lo desconectó. La lucecita roja se apagó en el acto.

—¿Quién te dio la orden de matarme? —preguntó. Dulley procuró rehacerse.

—Nunca delato a mis amigos —contestó.

—Muy bien.

Ricardo no se inmutó. Quitó el fusil del trípode y luego, sin apenas dificultades, lo dobló y retorció, hasta formar un lazo con el arma.

Dulley tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¿Hablarás? —preguntó Ricardo, mientras lanzaba el arma inutilizada a los pies del asesino.

«Matador» dio un salto instintivo. Estaba aterrorizado.

—E… Ed… By… Bynus… —tartamudeó…

—Ese nombre me suena —dijo Ricardo, sonriendo plácidamente. Luego hizo señas con el índice—. Ven, acércate.

Dulley obedeció, como si estuviese hipnotizado. Momentos

después, yacía de bruces en el suelo, atado de pies y manos.

Las ligaduras eran las patas del trípode, convertidas también en lazos por la fuerza sobrehumana de Ricardo. Dulley lloró lágrimas de rabia y frustración.

—Dentro de poco vendrán a visitarte —dijo Ricardo, en el momento de despedirse.

Se refería a la Policía, a la que acababa de llamar. Para salir de la casa, sin embargo, no usó sus poderes sobrehumanos.

—No conviene abusar —se dijo.

Y ya en la calle, mientras caminaba, pensó: «Me ha salido bien, ciertamente, pero no me gusta ser así. Prefiero ser un hombre normal».

Por fortuna, Tynux le había dicho que sus portentosas facultades sólo durarían un año.

* * *

Los ojos de Trudi brillaron de alegría al verle entrar en el local.

—Todavía sigues vivo —exclamó, tendiéndole las manos.

—He tenido suerte —contestó él, sonriendo—. ¿Nos sentamos?

—Lo que tú digas, Ricardo.

Buscaron una mesa situada en un rincón discreto. Ricardo pidió dos copas y sacó cigarrillos.

—Todavía necesito de ti, Trudi —dijo, mientras les servían la bebida.

—Lo que tú quieras —contestó la rubia—. ¿Qué te pasa ahora?

—Busco a Ed Bynus. ¿Qué puedes decirme de ese tipo?

Trudi se mordió los labios.

—Yo, nada —contestó—. Pero tengo una amiga que le conoce.

Ricardo fue a echar mano de su dinero, pero Trudi cortó el gesto con otro.

—Ni hablar —dijo—. Será gratis. Espera aquí.

Trudi se levantó para volver minutos más tarde.

—Calle setenta, ciento veintidós, octava planta, letra R —informó.

— Gracias, preciosa. Dime, ¿no habrá peligro de que tu amiga se vaya de la lengua?

—Descuida —sonrió Trudi—. Bynus la dejó plantada por otra. Comprenderás que no le va a avisar de que un tipo pretende romperle las narices.

—Bueno, quizá no sea necesario —dijo Ricardo.

—Tampoco lo lamentaremos. ¿Te irás pronto?

—Lamentablemente, sí. Quiero ver a Bynus cuanto antes.

Trudi suspiró.

—Me gustaría saber cuándo me vas a dedicar a mí una velada

entera —dijo melancólicamente.

—Cualquier día de éstos —sonrió él—. Y, a propósito, ¿tienes preferencia por alguna clase de joyas?

—Bueno, las esmeraldas me gustan mucho… Oye, ¿no irás a hacer un disparate? —se alarmó la rubia.

—¿Considerarías un disparate el que yo te regalase una bonita esmeralda?

Ricardo introdujo la mano en el bolsillo y la sacó unos segundos más tarde. Luego, situándose detrás de Trudi, rodeó su cuello con una gruesa cadena de platino, de eslabones muy juntos, de la que pendía una esmeralda rodeada de brillantitos. La esmeralda medía unos ocho centímetros de anchura por la mitad de grueso.

Trudi bajó la vista y contempló la piedra que descansaba en el centro de su opulento seno. Casi se desmayó al pensar en el valor de la joya.

—Ricardo —preguntó con voz trémula—, ¿eres un príncipe oriental, de esos que aparecen en «Las Mil y Una Noches»?

—Algo por el estilo —contestó él, mientras se inclinaba para despedirla con un beso en la empolvada mejilla.

CAPÍTULO XII

Flora Nicolaiev abrió la puerta y contempló apesadumbrada al hombre que aparecía en el umbral.

— ¡ Hum! —dijo—. Van a saltar chispas.

—Lo sé —contestó Frinn con acento concreto—. Pero sólo será en los primeros momentos, Flora.

—Pasa, pasa, Albert —invitó la señora Nicolaiev—. Si buscas a Julius, lo tienes en el laboratorio. En seguida os llevaré café con los elementos de cura —añadió con burla.

—Esperemos que no tengas que utilizarlos, Flora. El profesor atravesó el salón y otra estancia y llegó ante una puerta, que abrió con cautela.

Pero hizo ruido.

— ¡ Flora, cuántas veces he de decirte que no me molestes cuando estoy trabajando! —tronó Nicolaiev.

—No soy tu esposa —dijo Frinn con voz aflautada. Nicolaiev se volvió como movido por un resorte.

—Ah, eres tú, saco de huesos ambulante —dijo—. ¿Es que no sabes que tienes pena de muerte si osas penetrar en mi casa?

—Julius, tú gritas mucho, pero no matarías a una mosca y menos a tu mejor amigo —dijo Frinn.

—Mi mejor amigo, mi mejor amigo... ¡Qué ganas de estropear bellas definiciones!

—Bueno, al menos, lo fuimos en tiempos...

—Hasta que tú me traicionaste.

—Yo no fui, pedazo de bruto. Fuiste tú, por descuidado... —Frinn bajó la voz—. Yo no tengo la culpa de que tu mujer encontrase en el bolsillo el retrato de aquella morena. ¡Y cómo estaba retratada la individua !

Nicolaiev rezongó algo entre dientes.

—Hombre, un momento de debilidad lo tiene cualquiera... ¡Era una fotografía artística! —protestó a voz en cuello—. La belleza femenina sin velos, en plena naturaleza...

—¡Ya! —dijo Frinn con sorna—. Dejémoslo, Julius, olvidemos a la morena y hablemos de nosotros mismos.

—Está bien, ¿qué quieres, Albert?

—Ayuda, Julius.

Nicolaiev miró de hito en hito a su interlocutor.

—¿Has conseguido...? —preguntó, sin completar la frase.

—Sí. ¿Y tú?

—También, Albert.

—¿De veras?

—Te lo juro. ¿Quieres verlo?

Momentos después, Frinn exclamaba:

—¡Es maravilloso, Julius! Representa la solución total.

—Ya puedes decirlo —sonrió Nicolaiev satisfecho—. A mí también me gustaría ver tu prototipo, pero no puedo ir esta noche.

—¿Por qué no vienes mañana a comer conmigo? Así podríamos establecer las bases de un contrato de colaboración.

—De modo que colaborar juntos, ¿eh?

—Claro. Sería lo más conveniente, ¿no crees?

Nicolaiev miró de hito en hito a su colega. Luego, de pronto, se echó a reír.

—La verdad, Albert, tú estabas encolerizado conmigo porque la morena me prefirió a mí…

—Hay gustos para todos, Julius, y no se le puede reprochar a esa chica la elección —sonrió Frinn con no menos ironía.

La señora Nicolaiev entró en aquel momento con una bandeja en las manos.

—¡ Aleluya! —exclamó—. ¡ Es la primera vez en muchos años que os veo juntos sin llenaros mutuamente de insultos!

Frinn regresó más tarde a su casa. Estaba a menos de doscientos metros de la de Nicolaiev.

Al entrar, encontró a Laura inclinada sobre una libreta de apuntes. La joven, distraída, se percató demasiado tarde de su presencia y se incorporó vivamente.

—Dispense, profesor; estaba ordenando los papeles…

—¡No se preocupe, muchacha! —dijo Frinn, con los ojos muy brillantes—. Estoy contentísimo. Nicolaiev y yo nos hemos reconciliado.

—Ésa es una buena noticia, profesor —sonrió Laura, que conocía la enemistad entre los dos científicos.

—Y vamos a colaborar juntos. —Frinn empezó a saltar y dar zapatetas como un chiquillo por el laboratorio—. Era precisamente lo que esperaba… pero no le diré nada hasta que hayamos concretado de un modo definitivo los términos de nuestro acuerdo.

—Le felicito, profesor.

—Gracias, muchacha. A propósito, ¿qué sabe de Ricardo?

—Nada, profesor, hace días que no tengo noticias suyas.

—Bueno, ya dirá algo. Laura, esta noche me otorgo fiesta a mí mismo y me voy a un buen teatro. No se preocupe si vengo ¿arde, ¿entendido?

Sí, profesor. Que se divierta mucho —deseó ella.

Más tarde, Laura salió al jardín y aspiró a pleno pulmón el aire embalsamado del crepúsculo.

¿Dónde estaba Ricardo?, se preguntó.

Llevaba tres o cuatro días sin noticias suyas. De repente, se encontró preocupada por el silencio del joven.

Sintió rabia y alegría al mismo tiempo. ¿Iba a caer por segunda vez en la misma trampa, de la que tan malos resultados conservaba?

De repente, una mano le tapó la boca.

Laura forcejeó. Otras manos la sujetaron con fuerza.

Alguien lanzó a su cara un chorro de gas. Laura empezó a sentir que todo daba vueltas a su alrededor.

Unos segundos más tarde, dejó de ver y oír cuanto pasaba a su alrededor.

* * *

La mujer que abrió la puerta tenía el pelo pajizo, largo, suelto hasta la cintura. Vestía una bata muy corta y se apoyó con indolencia en una de las jambas, sin importarle enseñar una pierna hasta la cadera.

—¿Qué desea, amigo? —preguntó en tono displicente.

—Busco a Ed —contesto Ricardo.

—¿Para qué?

—¿Está o no está?

—¿Qué pasaría si le dijera que no está?

Ricardo sonrió.

—Voy a darle a elegir entre dos cosas: ser atropellada o tomar esto.

Un refulgente collar de perlas apareció en la mano de Ricardo. El joven lo hizo oscilar como un péndulo delante de los desorbitados ojos de la rubia.

—Cuando he mencionado ser atropellada no me refería a su honor, por supuesto —añadió virtuosamente.

La mano de la joven se dirigió hacia el collar.

—Por una sola perla, le dejaría pasar cien veces —dijo, a la vez que se apartaba a un lado.

Dentro de la casa, sonó una voz:

—¿Quién es, Betty?

Ricardo se puso un dedo sobre los labios. Ella asintió en silencio.

—¡ Betty! ¿Por qué no contestas?

Ricardo cruzó la sala y se asomó a una habitación.

—Hola, Ed —dijo—. ¿Has leído los periódicos?

Bynus estaba tendido sobre una cama y se levantó con la rapidez de un rayo. Saltó hacia una silla, en la que tenía una chaqueta, pero Ricardo fue más rápido y lo derribó de un ligero golpe en el hígado.

El rufián se sentó en el suelo, boqueando angustiosamente.

—¿Qui… én es usted?—tartamudeó.

—Me llamo Ricardo Thomas y tu amigo «Matador» está siendo interrogado en este momento por la Policía. ¿Algo más, Ed?

La cara de Bynus se puso gris.

—E… eso es… es imposible…

—Bueno, no vamos a discutir por una minucia. Levántate.

Bynus obedeció torpemente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Tú «contrataste» a Dulley para que me liquidase. Pero no lo hiciste por cuenta propia, claro. ¿Quién te lo mandó?

Los labios de Bynus se apretaron.

—Muy bien —dijo Ricardo. «Sólo mis fuerzas naturales», pensó.

Y le arreó un mamporro que le hizo dar dos vueltas en redondo antes de caer sobre la cama, con el cráneo lleno de zumbidos.

—¿Hablarás ahora, Ed?

El rufián sacudió la cabeza.

—No —contestó.

Ricardo lo agarró por los tobillos y lo suspendió cabeza abajo. Luego, sosteniéndolo en peso, lo condujo al cuarto de baño.

Bynus perneaba furiosamente, pero era un chiquillo en manos de Ricardo. El joven lo soltó a medias, puso el tapón en el desagüe de la bañera y abrió los grifos.

Luego volvió a suspenderlo cabeza abajo, con el pelo rozando el fondo de la bañera.

—De tu nariz al fondo hay diez o doce centímetros. Imagínate lo que pasará cuando el agua rebase ese nivel —dijo con toda tranquilidad.

Bynus se aterró.

—¡ Basta, sáqueme de aquí…!

—¿Quién te lo mandó?

—Harall…

—No sé por qué, pero casi me lo figuraba. Gracias, Ed.

Y soltó al individuo, que se puso perdido de agua. Bynus se levantó, sólo para encontrarse con un duro puño en la mandíbula.

Ricardo cerró los grifos.

Luego, silbando alegremente, abandonó el cuarto de baño.

—¿Ha dado resultado? —preguntó Betty.

—Completo —respondió Ricardo—. Oye, guapa, ¿quieres un consejo?

—Después de tu regalo, todos los que quieras —aceptó ella riendo.

—Deja a Ed. Acabarás mal si sigues a su lado. Y sin más, abandonó la casa.

¿Era demasiado tarde para visitar a Harall?

* * *

Lentamente, Laura recobró el conocimiento y se encontró sentada en un cómodo sillón. Entonces vio a un hombre frente a ella, en otro sillón.

—Usted —dijo.

—Yo mismo —sonrió Harall—. Perdone el procedimiento, pero no encontré otro para hacerla venir a mi casa.

—Un rapto.

Harall se encogió de hombros.

—Los calificativos no alterarán el resultado —contestó.

Se levantó y caminó hacia el aparador de los licores.

—¿Quiere beber algo, señora Baxter?

—No —rechazó Laura secamente.

—Como guste. —Harall se sirvió una buena dosis de escocés—. ¿Se imagina para que la he traído aquí?

—¿Por qué no me lo explica usted mismo?

Harall añadió sifón al whisky.

—Se trata del descubrimiento del profesor Frinn —dijo.

—Ah, ya entiendo.

—Lo quiero para mí —declaró Harall tajantemente—. Puede ser una mina fabulosa y estoy dispuesto a conseguirla por todos los medios.

—¿Cree que Frinn accederá a pactar con usted?

—No le quedará otro remedio —dijo Harall con suficiencia—. Primero intenté entrar en contacto con él a través de usted, pero he decidido que el método directo es el mejor.

—Tal vez piensa torturarlo para que ceda a sus pretensiones.

—Eso depende de él.

—Ya mí, ¿qué suerte me reserva?

Harall entornó los párpados.

—La suerte de la mujer más afortunada de la Tierra —contestó—. Mi pareja. La pareja del hombre que tendrá en sus manos la llave del mundo.

Laura oyó aquellas palabras y, sin poder contenerse, se echó a reír.

—Se ha vuelto loco —dijo.

CAPÍTULO XIII

—Sí, por usted —declaró Harall sin inmutarse.

—Sentimientos que causaron la muerte de Roldy.

—Era un inútil, un estorbo. ¿A quién pesa la muerte de aquel imbécil? A usted no, desde luego.

—Ya no le quería, pero era un ser humano.

Harall soltó un bufido de desprecio.

—No sea tonta —dijo—. Baxter no se merece siquiera que mencionemos su nombre. Y no lo mencionaremos a partir de este momento.

—Sólo el suyo y hundiendo la frente en el polvo cada vez que lo pronunciemos —dijo Laura con sarcasmo.

—Los otros, sí, claro. Usted no.

Laura se levantó.

—Conmigo está equivocado —dijo.

Harall dejó el vaso a un lado. Luego se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Estoy loco por ti, es cierto —confesó, con los ojos brillantes por el deseo—. Y cuando sepas comprender la verdad, te sentirás infinitamente satisfecha…

Laura permanecía inmóvil, rígida.

—Tal vez consiga lo que busca, pero sólo tendrá una estatua de carne —respondió—. Y aun eso no es seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha olvidado de Ricardo Thomas.

Harall soltó una ruidosa carcajada.

—Considéralo fuera de combate. Como Baxter —respondió.

Laura palideció. ¿Era aquél el motivo de la falta de noticias de Ricardo?

Harall observó su palidez y frunció el ceño.

—¿Le amas? —preguntó.

Ella apretó los labios. No podía contestar de modo afirmativo, pero tampoco negativamente.

Los dedos de Harall se clavaron en sus brazos. De repente, se abrió la puerta y entró Reese.

—Jefe, está ahí…

—¿Por qué me interrumpes, imbécil? —dijo Harall—. ¿No ves que estoy ocupado?

—Escuche, hemos oído noticias en la televisión… Dulley ha sido

arrestado…

—¿Qué? —gritó Harall.

—Sí, jefe. Lo encontraron en una casa, atado de pies y manos. La policía lo está interrogando ahora…

Harall maldijo profusamente. Apartó a Laura de un manotón y dio un paso hacia la puerta.

—Espero que Ed esté libre —dijo.

—Sí, hace un momento he hablado con él…

De pronto, se oyó una voz femenina.

—¿Qué, está por ahí el gran jefe?

Harall volvió a maldecir.

—Procura entretenerla unos minutos —dijo.

—Bien, jefe.

Reese cerró la puerta. Harall volvió junto a Laura y la agarró por un brazo.

— Ven aquí —dijo—. No quiero que te vean.

La joven quedó encerrada con llave en una habitación situada a casi doscientos metros de altura sobre la calle. La escapatoria resultaba imposible.

Harall abrió la puerta de su salón particular. Linda Clemens entró con aire desenvuelto.

—Hola, Sbongie —saludó—. ¿Qué te pasa? ¿Tenías trabajo?

—Un poco —admitió el sujeto de mal talante—. ¿Quieres beber?

—Bueno —aceptó ella con naturalidad—. Sbongie, ese trabajo, ¿consistía en idear nuevos planes para desplumar a los incautos?

Harall contestó con una grosería. Ella no le hizo caso.

Abrió el bolso y sacó una pitillera. De pronto, arrugó la nariz.

Tenía un olfato muy fino. Aquel perfume, ¿quién lo usaba siempre?

«Es "Prados de Aquitania”, seguro», pensó.

Había una persona que lo usaba siempre, invariablemente.

Linda se puso rígida. ¿Acaso estaba allí Laura?

Harall le entregó el vaso. Ella lo tomó maquinalmente.

—¿Qué te pasa? —preguntó el hombre—. ¿Te has quedado muda?

—No, claro —respondió Linda con una sonrisa forzada—. Bueno, en vista de que tienes trabajo, no quiero entretenerte más. Yo también tengo mi trabajo.

—Que consiste en enseñar las piernas a los espectadores.

—Lo que es bonito debe lucirse, ¿no? —dijo ella con su desparpajo habitual—. Bueno, que no te sude mucho el cerebro; es malo para la salud —se despidió con ironía.

Tardó muy poco en buscar una cabina telefónica. Pero sus llamadas no recibieron la menor contestación.

—¿En dónde diablos se habrá metido ahora este hombre? —se preguntó, preocupada por la suerte de Laura, pues sabía que si estaba en el departamento de Harall no era precisamente por su gusto.

* * *

Ricardo Thomas estaba en aquel momento parado frente a un edificio con todo el aspecto de un almacén. Sobre la puerta campeaba un gran rótulo:

COMPAÑIA DE TRANSPORTE SBHAR, LTDA.

—De modo que «Sbhar», ¿eh? —murmuró—. Sbong Harall estaría mejor escrito —dijo.

Había un gran portón para el acceso de los camiones de carga. A la derecha se veía una puerta más pequeña.

Ricardo se acercó a la puerta. Dentro del almacén había alguien; se veían luces en las ventanas.

Empujó. La puerta estaba cerrada, pero la abrió de un violento puntapié.

Dentro del almacén, la partida de cartas que jugaban tres tipos se interrumpió bruscamente.

—¿Habéis oído? —dijo uno de ellos.

—Ve a ver, Slim —ordenó Frankie «El Muelle».

Slim tiró las cartas al cajón que servía de mesa.

Abandonó el recinto del almacén y se metió en un pasillo que estaba a oscuras.

Un puño rozó su mandíbula. Slim se desplomó sin saber qué le había pasado.

Ricardo avanzó un poco más y se asomó a la puerta que daba al almacén. Había allí tres gigantescos camiones, con grúa todos ellos, capaces cada uno de cargar cincuenta toneladas sin dificultades.

—Slim tarda más de la cuenta —dijo uno de los dos individuos que estaban allí.

—¡Slim! —gritó Frankie—. ¿Te has dormido o qué?

—Sí —contestó Ricardo.

La sorpresa de los dos rufianes fue enorme. Frankie se puso en pie de un salto y sacó una navaja de pavorosa apariencia.

El otro atacó a Ricardo con la cabeza gacha. Nunca supo si había chocado contra un muro de cemento.

Cayó al suelo y se despreocupó de todos los asuntos terrenales.

—Es usted muy fuerte, amigo —dijo Frankie—, pero conmigo no le servirá.

—¿De veras, Frankie? —sonrió Ricardo.

—Conoce mi nombre —exclamó el sujeto, asombrado.

—Eras muy amigo del capitán Granneck. ¿Quién lo mató.

Frankie se encogió de hombros.

—Ése no es asunto mío —respondió—. ¿Qué quiere usted?

—Sólo una cosa, Frankie. Dime adonde llevaste mi bloque de «energyl» y quedaremos como buenos amigos.

—A mí no me pagan por soplón —contestó el rufián en tono despectivo.

—Bueno, ya hablarás.

Ricardo avanzó un paso. De pronto, Frankie saltó hacia él, demostrando prácticamente la justicia del apodo.

El joven saltó a un lado. La navaja del forajido golpeó en vano.

Frankie volvió a saltar. Fracasó por segunda vez.

De repente, Ricardo concibió una idea. Sonriendo, pegó un salto que le hizo elevarse a cuatro metros de altura sobre el suelo.

Cayó. Saltó de nuevo.

Frankie tenía la boca abierta de par en par.

—¡ Increíble! —dijo, estupefacto.

Ricardo continuó saltando en torno al sujeto. Sus saltos, a veces, alcanzaban los seis metros de altura.

—¡ Hale, hop! —gritaba a cada salto.

Frankie empezó a marearse.

—¡ Basta! —chilló.

Pero Ricardo pensó que debía completar su labor.

La vez siguiente cayó a espaldas del individuo. Antes de que Frankie pudiera evitarlo, se sintió agarrado por debajo de los sobacos y elevado a ocho metros de altura.

Cuando estaba arriba, bajó los ojos. Sintió vértigo.

Los dos cayeron juntos. Ricardo saltó, ahora con más impulso. El techo del almacén estaba a veinte metros del suelo.

—¿Dónde está el «energyl»? —preguntó durante el ascenso.

Frankie se mareaba horriblemente.

—Escuche, suélteme…

Ricardo saltó una vez más. Cuando estaban arriba, dijo:

—¿Quieres que te suelte?

—¡No! —chilló Frankie, espeluznado.

Al aterrizar, Ricardo se quedó quieto.

—¿Dónde está el «energyl»? —preguntó.

Frankie lloraba de terror.

—Lo… lo llevamos a… a una residencia que tiene Harall… fuera de la ciudad… En Lakewiew Hills… Es muy grande y los bloques están en un almacén subterráneo….

—¿Tiene nombre esa residencia?

—Harall Castle…

—El tipo es orgulloso. Llama castillo a su casita de campo —dijo

Ricardo sarcásticamente. De pronto extendió la mano:—: ¡No te muevas de ahí! —ordenó.

Cruzó el almacén y trepó a la cabina de uno de los grandes camiones, propulsado por un potentísimo motor. Examinó los instrumentos y halló que todo estaba correcto.

Frankie trató de huir, pero, con gran sorpresa suya, notó que tenía los pies clavados en el suelo. Insistió una y otra vez, sin que consiguiera moverse del sitio en que le había fijado la orden de Ricardo.

El joven estaba ya a punto de dar el contacto, cuando se le ocurrió una idea. Era preciso actuar con seguridad.

Se apeó de la cabina y regresó junto a Frankie.

—Me voy a ir —anunció—. Tú no me conoces ni me has visto jamás ni tienes la menor idea de que yo haya estado aquí. ¿Comprendido?

—Sí, señor —respondió el forajido con voz átona.

—Cuando despierten tus compinches, dales la misma orden. Y, por supuesto, prohibido avisar a Harall de lo que ha pasado en este almacén.

—Sí, señor.

—Abre la puerta. Cierra cuando yo me haya ido.

—Sí, señor.

Momentos después, Ricardo, tripulando uno de aquellos enormes camiones, salía en dirección a Lakewiew Hills para recuperar su «energyl».

* * *

Una vez más, Linda llamó a casa de Ricardo, sin obtener la menor respuesta.

—¿Dónde se habrá metido este tonto? —se preguntó, disgustada por la ausencia del joven.

Había probado a llamar a la casa del profesor Frinn, sin recibir respuesta tampoco. Ello confirmó sus sospechas.

Laura estaba prisionera de Harall. ¿Con qué objeto?

Por lo menos, uno de los motivos estaba claro para la artista. Y, extrañamente, no se sintió furiosa ni le atacaron los celos.

—La verdad, ella es mucho más guapa que yo —murmuró —La manzana de oro debería haber sido para Laura.

De cuando en cuando, durante los intervalos de su actuación en el teatro, intentaba avisar a Ricardo. Vano empeño; el videófono del joven permanecía silencioso.

¿Y si intentase ella por su cuenta liberar a Laura?

Se estremeció. Harall era un bestia. Quien había hecho asesinar sin piedad a tipos como Rod Roldy Baxter, a Granneck y quién sabía a

cuántos más, podía pensar que, a fin de cuentas, mujeres hermosas había muchas en el mundo y que una menos no se notaría nada.

—Sobre todo, si tiene a Laura para cubrir la baja —pensó, con filosófica resignación.

CAPÍTULO XIV

Harall contempló imperturbable la cara que aparecía en la pantalla del videófono.

—¿Cuánto ha dicho, señor Jones?

—Quinientos kilos, señor Harall.

—¿Ya sabe que la cotización ha subido, señor Jones?

—El último precio de la bolsa libre estaba en ciento treinta y nueve con doce…

—Ahora está a ciento cuarenta y cinco.

—¡ Maldición! ¡ Es demasiado para mí!

Harall soltó una risita.

—Bueno, emplee carbón para sus calderas —dijo—. Con el «energyl» que voy a proporcionarle, puede hacer funcionar su maquinaria durante cinco años. Imagínese la cantidad de trenes carboneros que tendrían que descargar en los patios de su factoría durante esos cinco años.

—Sí, es cierto —suspiró Jones—. De modo que a ciento cuarenta y cinco.

—En efecto.

—Eso suma, si no me equivoco, setenta y dos millones y medio.

—Exactamente, señor Jones.

—¿Cuándo dispondré de la mercancía?

—¿Le urge?

—Bastante, a decir verdad.

—A las ocho en punto la tendrá en la puerta E de su factoría. Alguien habrá allí con un cheque por setenta y dos millones y medio de solares.

—El cheque estará listo, señor Harall.

—Entonces, no hay más que hablar. Le aseguro que es un placer tratar de negocios con usted, señor Jones.

—Yo no diría lo mismo de usted, pero no me queda otro remedio.

Harall soltó una risita.

—Adiós, señor Jones —y cerró la comunicación.

Acto seguido, pulsó un timbre. Reese y Kuhnel entraron en el acto.

Harall les tiró una llave.

—Hay que ir al almacén de la Sbhar y sacar un camión. En Lakewiew Hills cargaréis quinientos kilos de «energyl», ni uno menos,

y lo entregaréis en la puerta E de la Stockton Power. Seguramente, el mismo Minton Jones recibirá la mercancía. A cambio de ella, os entregará un cheque por valor de setenta y dos millones y medio. Comprobad la autenticidad del cheque, eso es todo.

—Sí, señor —contestaron los dos rufianes a un tiempo.

Harall se quedó solo. Tremendamente satisfecho, se sirvió una copa que paladeó lentamente.

Luego miró hacia la puerta tras la cual se hallaba encerrada Laura. La sonrisa de satisfacción desapareció de sus labios.

El deseo apareció en sus ojos.

Con pasos deliberadamente lentos, se acercó a la puerta y la abrió.

Laura estaba sentada en un sillón, aparentemente absorta. Oyó el ruido de la cerradura y se puso en pie.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó.

Harall se apoyó con indolencia en la jamba de la puerta.

—Hablar contigo, si no tienes inconveniente —respondió.

—No me queda otro remedio .que escucharle —dijo ella.

—Cometiste un error al casarte con Baxter…

—Entonces, le quería. Fue más tarde cuando me enteré de la clase de sujeto que era.

—Todos tenemos nuestros defectos —sonrió Harall.

—Yo no pedía un hombre que fuese el máximo de la perfección. Me bastaba con que fuese decente y Roldy no lo era ni de lejos.

—Bien, pero Roldy está ahora muerto. Hablemos de nosotros.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Usted lo hizo matar —acusó.

—Lo admito —respondió Harall fríamente—. Empezaba a tomar demasiados vuelos dentro de la organización, eso, por una parte. Por la otra… estabas tú.

—Ah, ya entiendo. Un competidor, ¿no?

Harall soltó una carcajada.

—En el más amplio sentido de la palabra —contestó.

—¿Y Granneck?

—A ése lo maté yo en persona —declaró Harall sin inmutarse.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Pidió… un «aumento de sueldo» injustificado, amenazándome con hacerme chantaje.

—Yo creí que usted tenía esbirros para deshacerse de las personas que le resultan incómodas.

—En ese momento, no disponía de nadie y el asunto requería urgencia. Por otra parte, tampoco está mal que la gente sepa que su jefe es capaz de hacer personalmente lo que ordena hacer a otros. Eso impresiona mucho, ¿sabes?

—Me lo figuro —contestó— contestó Laura despectivamente—. Pero si cree que yo…

—Muchacha, tengo una estupenda organización —siguió Harall sin levantar el tono de voz—. Dentro de nada, controlaré todo el «energyl» que se produzca. Yo fijaré los precios y lo venderé al precio que me dé la gana. Si añadimos a eso, el invento del profesor Frinn…

—Él no le cederá nunca la patente —protestó la joven.

—De grado, no, claro, pero le obligaré.

—Es una lástima que no haya podido conseguir pruebas de la muerte de Roldy —dijo ella—. A estas horas, usted habría dejado de molestar al profesor.

Harall arqueó las cejas.

—Ah, de modo que era por eso por lo que querías enviarme a la cárcel —dijo.

—Sí. ¿Es que no se lo merece?

Harall rió.

—Puntos de vista —contestó cínicamente—. Lo pensaste aquel día que fui a visitar al profesor por vez primera, ¿no?

—Sí —admitió ella.

—Resultó una sorpresa para mí, encontrarme allí con una eficiente ama de llaves. Yo me preguntaba dónde podrías haberte metido y ya ves, fui a encontrarte en el lugar menos esperado.

—Resultó una deprimente casualidad.

—Repito que depende de los puntos de vista. Para mí, resultó una casualidad afortunadísima.

De pronto, se separó de la puerta y avanzó hacia ella, con el deseo encendiéndole la cara. Sus brazos rodearon el esbelto talle de la joven y su boca buscó la otra.

Laura cerró los ojos un instante. De repente, oyó un extraño estallido, seguido de un sordo gruñido.

Trozos de un gran jarrón saltaron por todas partes. Harall se tambaleó y cayó al suelo.

Asombrada, Laura miró a su antigua amiga.

—¡ Linda! —exclamó.

—He llegado a tiempo, ¿no? —exclamó la artista—. Tuve la suerte de que los dos gorilas de ese re

pugnante sujeto estuviesen fuera de la casa… No podía permitir que él se aprovechara de la situación.

Laura se arregló el pelo con una mano.

—Pero, Linda, ¿cómo has podido averiguar que yo estaba aquí? —preguntó.

La artista rió alegremente.

—Eres mujer de hábitos fijos —contestó—. Usas «Prados de Aquitania» desde tiempo inmemorial y estuve antes en el salón. Capté

el perfume y como más o menos sé cómo andan las cosas, sospeché que estabas aquí. Traté de avisar a Ricardo, pero no sé en dónde diablos ha podido meterse. El profesor tampoco contestaba….

—Se fue de parranda —sonrió Laura.

—Vaya, quién lo diría en un tipo como él.

—¿De veras no sabes dónde está Ricardo? —preguntó Laura ansiosamente.

Linda enseñó las manos.

—Ni idea —contestó.

* * *

En aquellos momentos, Ricardo Thomas estaba en compañía del teniente Román.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró el policía, mientras potentes focos iluminaban la escena.

—Supongo que no habrá inconveniente en que yo me lleve mi bloque de «energyl» —dijo Ricardo.

—Hay sesenta y cinco toneladas. ¿Cómo identificará el metal que es suyo?

Ricardo sonrió.

—Sígame, teniente.

Román echó a andar junto al joven. Unos pasos más adelante, Ricardo se detuvo frente a un bloque de metal gris brillante, en cada una de cuyas caras se veían grabadas, a presión, unas iníciales y una cifra.

—Esas iníciales son las mías —dijo Ricardo—. En cuanto a la cifra… —sacó su billetera y enseñó la documentación—. Vea, corresponden a mi licencia de minero del espacio. Es reglamentario hacer esas marcas en cada bloque de «energyl» que se importe a la Tierra.

—Ya no cabe la menor duda —sonrió el policía—. Las veinte toneladas son suyas, señor Thomas.

—Gracias, teniente.

Los policías iban y venían por todas partes, registrando el almacén que, en realidad, era una excavación en el suelo, cubierta por un tejado liso, de apariencia inocua.

—Alguien tendrá que agradecerle a usted el hallazgo, señor Thomas —dijo Román.

El joven se encogió de hombros.

—Me basta con haber recobrado lo que es mío —contestó—. A propósito, ¿qué piensa hacer con Harall? Ahora ya tiene las pruebas de que fue él quien…

—¿Le pertenece este almacén? Sí, aparentemente está en su propiedad, pero fíjese que está deslindado de la casa y de los demás

terrenos. Yo no puedo practicar una detención sin tener la seguridad de que no voy a cometer un desliz legal.

—Comprendo —dijo Ricardo—. Bien, en todo caso, no me llame egoísta, pero el problema es suyo.

—Y lo resolveré, créame —sonrió el policía—. De todas formas, gracias por todo, señor Thomas.

—Ha sido un placer —aseguró el joven.

Los policías, a los cuales había avisado una vez encontró el almacén del «energyl» robado, habían levantado el techo del cobertizo. Ricardo montó en el camión y dio marcha atrás, hasta situarlo junto al borde de la excavación.

Unos policías le ayudaron a colocar los garfios de sujeción en el bloque. Ricardo manejó la grúa y, unos momentos más tarde, veinte toneladas de «energyl» descansaban sobre la plataforma de carga.

Ricardo agitó la mano.

—¡Adiós, teniente! —gritó, en el momento de arrancar.

Román correspondió con un gesto análogo. Ya clareaba.

El camión pasó por delante de dos sujetos escondidos entre unos matorrales cercanos, los cuales contemplaban las operaciones policiales.

—¿Has visto, «Enano»? —dijo Kuhnel.

—No, no estoy soñando, Peter, y si quieres que te diga una cosa, lo mejor que podemos hacer es ir corriendo a avisar al jefe —contestó Reese.

CAPÍTULO XV

Era ya de día claro cuando Reese y Kuhnel entraron en la casa de Harall. Su asombro fue grande cuando vieron a su jefe con una especie de turbante en torno al cráneo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Kuhnel, en el colmo del asombro.

—Alguien me atacó por sorpresa y se llevó a la chica— contestó Harall malhumoradamente—. Debió de ser Thomas, pero ya le ajustaré las cuentas más tarde. ¿Habéis entregado el «energyl» a Jones?

—No —contestó Reese.

Harall arqueó las cejas.

—¿Es que no tenía el cheque preparado?

—Verá, jefe…

Los dos gorilas cambiaron una mirada de aprensión.

—¿Os habéis quedado mudos? —gritó Harall, impaciente.

—Lo siento, jefe, pero se ha quedado sin un gramo de «energyl» —declaró Reese.

—¿Eh?

—La policía encontró el escondite de Lakewiew Hills —añadió Kuhnel.

—Y Thomas recuperó el suyo.

Hubo un momento de silencio.

La cara de Harall se puso roja.

—Vimos a Thomas —siguió Kuhnel—Conducía un camión de la compañía «Sbhar».

—Aquello estaba lleno de policías, jefe —dijo Reese.

—La cosa se pone fea…

Harall no contestó nada a las lamentaciones de sus acólitos. Estaba pensando·

—Pues si no fue Thomas quien me atacó con el jarrón, ¿quién diablos lo hizo entonces? —murmuró con gesto preocupado.

Era un problema secundario por el momento. Había otros más urgentes por resolver.

—Vamos —dijo de repente—. Si no me equivoco, ya sé dónde encontrar a Thomas y a su maldito bloque de «energyl».

Los gorilas vacilaron.

—¡ Vamos! —gritó Harall descompuesto—. Todavía tengo recursos de sobra para salir adelante.

Mientras descendían por el ascensor, Harall se prometió a sí mismo que tenía que vengarse de Thomas, costara lo que costase.

* * *

Ricardo movió una palanquita situada en la parte posterior de la plataforma de carga y las puertas de aquel sitio giraron a ambos lados.

—Mira, Laura —exclamó, satisfecho.

Los ojos de la joven se dilataron de asombro.

— Increíble —dijo.

—Nada de increíble. Se puede ver y tocar —rió él, satisfecho.

—¿Cuánto pesa, Ricardo?

—Veinte toneladas. Ese metro cúbico de «energyl» vale casi dos mil ochocientos millones de solares.

Laura puso una mano en el brazo del joven.

—Tengo que agarrarme a ti o me caeré al suelo —dijo.

Ricardo rió jubilosamente.

—Tuve suerte —confesó—. Claro que más la tuve al encontrarte a ti.

Laura se sonrojó.

—No quemes etapas —dijo—. Estoy muy resentida con esa institución llamada matrimonio.

—Un fracaso no significa nada —alegó él—. Cometiste un error y lo has pagado; eso es todo.

—Ya hablaremos de este asunto más tarde, Ricardo. ¿Qué planes tienes para ahora?

—Bien, venderé el «energyl» y financiaré los trabajos del profesor Frinn. Merece la pena colaborar en la construcción de las nuevas astronaves.

Laura sonrió.

—Él te lo agradecerá —contestó—. Es la ilusión de su vida.

—Pero no lo hago sólo en interés de la ciencia.

Ricardo miraba fijamente a la joven al hablar así. Laura se turbó de nuevo.

—Ya lo discutiremos más adelante —repitió—. ¿Quieres tomar algo? —invitó.

—Una taza de café —aceptó él.

De repente, oyeron una voz de tonos estridentes.

—Eh, ¿qué hace ese camión estropeándome la mitad del jardín?

Ricardo se volvió y se echó a reír al ver a Frinn acercándose a ellos.

—Venga, venga profesor —invitó—. Quiero enseñarle una cosa.

Frinn se asomó a la zaga del camión.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—«Energyl». Veinte toneladas, profesor.

Ricardo observó la cara de Frinn. Quería apreciar sus reacciones.

—Veinte toneladas, ¿eh? —dijo Frinn, al cabo de unos segundos.

—Sí, profesor.

—Ricardo quiere ayudarle a construir su prototipo de nave tripulada —informó Laura.

Frinn se pasó la mano por la barba.

—Agradezco la ayuda —dijo—. Pero eso costará mucho dinero —alegó.

Ricardo sonrió.

—Profesor, delante de usted tiene dos mil ochocientos millones de solares. ¿Cuánto costará la primera astronave movida por motor antigravitatorio?

—¡ Oh, diez o doce millones! —contestó Frinn en tono voluble. Y añadió—: Espero que llegue el dinero que te den por la venta de ese bloque para construiría.

—¡Profesor, que son dos mil…!

—Ya, ya lo he oído. ¿Cuánto pesa el bloque?

Ricardo se armó de paciencia.

—Es un distraído —cuchicheó Laura a su lado.

—Lo soy, pero tengo un oído excelente —refunfuñó el profesor —. Veinte toneladas son veinte millones de gramos, ¿no?

—Si Pitágoras no miente —dijo Ricardo con sorna.

—Bueno, en ese caso habrá suficiente…

—A mí me parece que se equivocan —sonó en aquel momento la voz de Sbong Harall.

* * *

Laura lanzó un grito de Sorpresa.

Ricardo se volvió. Frunció el ceño.

Harall estaba a unos pasos de distancia, armado con una pistola, lo mismo que sus dos acólitos. Un tercero, el conductor del automóvil, trepó a la cabina del camión y se dispuso a recibir la orden de marcha.

—Me llevo el «energyl» —anunció Harall, muy ufano.

Ricardo apretó los puños y dio un paso hacia delante. Harall blandió la pistola.

—Quieto o disparo —amenazó.

—No te arriesgues, Ricardo —aconsejó Laura—. La vida vale más que todas las riquezas del mundo.

—Una frase muy acertada —sonrió Harall—. Voy a llevarme el «energyl». Y tú me acompañarás también.

— ¡ Eso no! —gritó Ricardo.

—¿Cómo piensa impedirlo? —le desafió el forajido.

—Un momento —terció Frinn.

Harall volvió los ojos hacia el profesor.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —gruñó—. Usted y yo también tenemos que hablar. Su invento me interesa enormemente.

— Gracias —contestó el profesor—. No es invento, sino descubrimiento, pero da lo mismo. En cuanto al «energyl», si piensa hacerse rico con ese bloque, olvídelo. Bueno, algo ganará, no cabe la menor duda, pero no lo que pensaba.

—¿De qué está hablando, «profe»? —preguntó Harall despectivamente.

—Del «energyl». Mi colega, el profesor Julius Nicolaiev, ha conseguido sintetizarlo artificialmente en el laboratorio. Cuando se produzca industrialmente, el coste, y por tanto el precio del producto, resultará inferior a un solar por gramo.

Harall se quedó con la boca abierta. En cuanto a Ricardo, no se sentía menos estupefacto.

—¿Es cierto eso, Laura? —preguntó.

—Debe de ser. El profesor no bromearía con estos asuntos —respondió ella, muy seria—. Además, van a colaborar juntos.

Harall lanzó de repente un grito atronador:

—¡ Eso es una mentira! ¡ Lo dicen para que yo no me lleve el «energyl»!

—Si tanto interés tiene en él, lléveselo; pero no pasarán muchos días sin que la cotización del «energyl» caiga en barrena.

—¿Dónde está ese maldito Nicolaiev? —bramó Harall—. Me lo llevaré también y así nadie conocerá su maldito descubrimiento.

Ricardo empezó a preocuparse. Harall estaba perdiendo el sentido de la mesura.

«¿Me duran aún los poderes que me concedió Tynux?», se preguntó.

—Vamos al camión —ordenó Harall—. Los tres. Luego iré a por ese tal Nicolaiev…

—¿Con qué cuenta para obligamos a subir al camión? —preguntó Ricardo cortésmente.

—¿Es que no lo ve? ¡ Mire esta pistola, idiota!

—¿Es una pistola? ¿O una tarántula?

El arma se convirtió de repente en una enorme araña. Harall pegó un atroz chillido y el arácnido empezó a corretear por el suelo.

Reese empezó a tiros con la araña. Una vocecita fina, pero aguda, se oyó en el acto:

—¡ Bestia! Que me vas a dejar sin alguna de mis patas.

Reese enloqueció. Tiró el arma y escapó a la carrera.

Kuhnel le siguió en el acto. Todavía se acordaba del primer encuentro con Ricardo y no tenía ganas de repetir la experiencia.

Harall se desgañitó llamándolos. De pronto, el camión arrancó en marcha atrás.

—¡ Cuidado, Laura! —chilló Ricardo, tirando de la joven.

El conductor, aturdido por lo que sucedía, había puesto en marcha el camión, sin darse cuenta de que lo hacía en sentido inverso al deseado. Cuando quiso rectificar, era ya tarde.

Se oyó un horrendo alarido. Ricardo, ocupado en salvar a la muchacha, no pudo evitar el espantoso fin de Harall, aplastado por las enormes ruedas del vehículo.

Debajo del camión quedó una masa informe y sanguinolenta. El conductor, espantado, abandonó el vehículo y escapó a la carrera.

* * *

—Una demostración muy notable de sus habilidades como hipnotizador, joven —dijo Frinn más tarde.

Ricardo sonrió.

—Lo hago a veces —contestó.

—Bueno, luego hablaremos del asunto de la financiación de mi nave —dijo el profesor—. Ahora voy a ver a Nicolaiev. De todas formas, Ricardo, veinte millones tampoco es una cifra desdeñable.

—Servirá para construir la primera nave movida por antigravedad. Pero también dará para otra cosa.

—¿Cuál, muchacho?

Ricardo atrajo a la joven hacia sí,

—Tengo que construirme mi propia casa, profesor —respondió.

—Ah —dijo Frinn, muy serio.

Y se marchó.

* * *

Había alguien en la terraza. Ricardo lo vio a la luz de la luna.

Laura dormía apaciblemente a su lado. Se levantó y, poniéndose una bata y las zapatillas, salió a la terraza.

Respingó.

—Tynux —dijo.

El hombrecillo se volvió hacia él, sonriente.

—Qué pronto pasa el tiempo, ¿eh? —dijo.

—Es verdad —exclamó Ricardo—. Hoy, precisamente, hace un año…

—¿Te resultó útil mi recompensa?

—No puedo quejarme, Tynux. Pero, dime, ¿quién eres tú? ¿De dónde procedes?

—Pertenezco a una raza milenaria que ha conseguido dominar el tiempo y el espacio. No vivimos en ninguna parte y vivimos en todas. Pero no somos dioses ni mucho menos inmortales.

—Entiendo —dijo Ricardo.

—Hemos desarrollado muchas facultades que están latentes en el ser humano y eso sólo se consigue después de una infinidad de siglos de evolución. Vosotros tardaréis todavía decenas de miles de años en alcanzar un estado parecido al nuestro.

—Bueno, yo no lo veré, pero me conformo tal como soy.

—Es lo mejor, Ricardo. Bueno, ahora vuelves a ser un hombre normal…

—Nada de eso, Tynux; un hombre normal no tendría una esposa como la que yo tengo.

Tynux le guiñó un ojo.

—Eres un tipo con suerte —comentó.

—Gracias a ti, por supuesto.

—Me salvaste de un grave apuro y te lo agradecí. Quizá no nos veamos ya nunca.

—Te recordaré siempre, Tynux. Pero, un consejo.

—¿Sí, Ricardo?

—Cuando otra vez te encuentres en un apuro, modera tu lenguaje. A pesar de lo que dices de vuestra raza, aún no has aprendido a controlarte.

Tynux se echó a reír.

—Por muchas facultades que tenga, no dejo de ser un ser humano también. Adiós.

El hombrecillo echó a correr por el espacio. Ricardo se quedó mirándolo hasta que le pareció que desaparecía detrás de la Luna.

Regresó a la cama. Laura se removió, soñolienta.

—¿Con quién hablabas, cariño? —preguntó.

Ricardo tomó una de sus manos.

—Estaba soñando —contestó.

Volvió la cabeza y contempló la Luna a través del ventanal. Así se quedó dormido apaciblemente junto a su esposa.

FIN